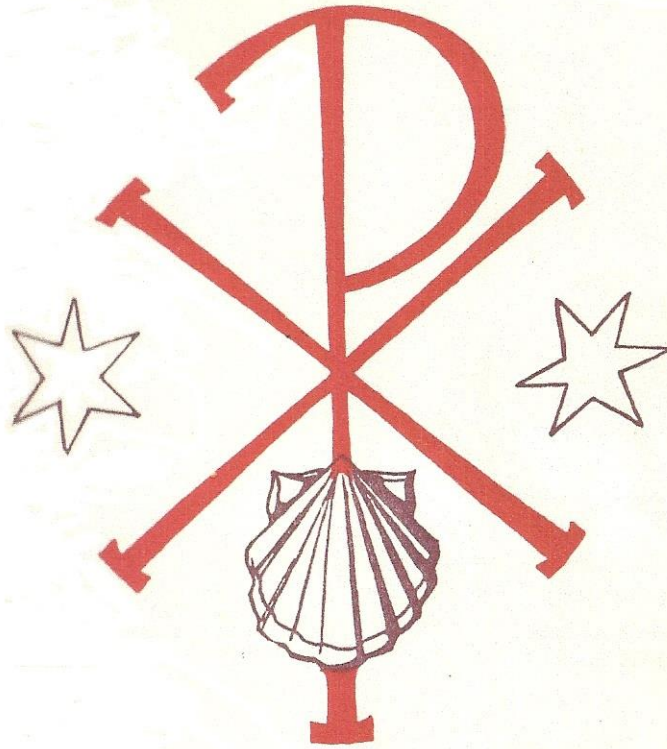


MANUEL APARICI



Compromiso
de Peregrino

1948

MANUEL APARICI NAVARRO, Pbro.

Ex-Presidente Nacional de la Juventud de Acción Católica Española

COMPROMISO DE PEREGRINO

Ediciones del Consejo Diocesano de los Jóvenes de Acción Católica

MURCIA 1948

LICENCIAS

NIHIL OBSTAT
JOSEPHBUS AGUIRRE
Censor

IMPRIMATUR
Murciae, 26 junii 1948

MICHAEL A. SANCTIS
Episcopus Carthaginensis

De mandato Excmi. ac Rvdmi. Dni.
mei Episcopi

ANTONIUS CONEGERO
Canc. Srius.

PRÓLOGO

Sólo el fraterno amor que liga a esta Unión Diocesana y su Consejo con Manuel Aparici pudo ser la causa feliz de la entrega que hoy hacemos, del pensamiento del ex Presidente nacional sobre nuestra Peregrinación a Santiago. Nosotros nacimos a plena vida de la Juventud de Acción Católica de España, llevados de la mano de aquel Aparici de la inmediata postguerra, que incansable recorría las Diócesis recién liberadas para traernos, aún caliente y húmedo de sangre, el mensaje de los mártires a quienes él mismo también aleccionó desde los artículos de "Signo" y los folletos para los Centros de vanguardia.

Un sencillo intercambio de propuestas dió por resultado la confección de este libro y la decisión de lanzarlo cuando ya Compostela, la Civitas Dei de la Juventud hispánica, se alza ante nosotros, los que con prisa y gozo nos acercamos a sus umbrales.

* * * * *

Es esta misma proximidad de la llegada la que reviste de mayor urgencia y eficacia la presente edición.

Porque como el mismo Aparici nos dirá después, "toda gran empresa requiere un pensamiento común en quienes la sirven". Pensamiento común que es fruto de común elaboración, pero que es principalmente desarrollo de una primera semilla lanzada al aire, con genial acierto, por quien esté en la cúspide de la comunidad que ha de hacerla crecer y fructificar. Nuestra Obra, desde el punto de vista histórico y generacional, es cabalmente una agrupación de jóvenes forjada al calor del Corazón de Cristo, tamizada por el trance del martirio y la Cruzada y clavada en una época concreta a cuya humanidad hay que salvar por la vía de la conversión de todos nosotros en una vanguardia ejemplar y conductora. Quienes fueron puestos por Dios para regirla tenían el magno deber de alumbrar las ideas matrices que la adiestraran en el conocimiento de su ser y en la fecundidad de sus obras. Y quienes la integramos tenemos el claro designio de guardar y repetir, de vivir y de refrescar todas aquellas ideas para que la Obra persevere con la pristina y esencial entraña que la justifica. No es tanto, pues, hoy y ahora, el oír, el leer y el meditar lo que Aparici ha dicho sobre Peregrinación, un deber de justicia y de gratitud cuanto una necesidad ineludible que nos marca nuestra condición de dirigentes y jóvenes que vamos a dar cima en el próximo agosto a la proyección histórica y concreta de la esencia misma de nuestra Obra, la cual hemos de legar a las futuras generaciones, y sobre todo a nuestros Aspirantes, con la pureza y ortodoxia con que la recibimos.

Y como la esencia de nuestra Obra es peregrinar y, en no poco, peregrinar por los ideales y con el estilo que nos marcó Aparici, el COMPROMISO DE PEREGRINO que Aparici redactó, que nuestros mártires y cruzados repitieron, y que lleva aprendiendo y actualizando la Juventud de Acción Católica de España desde hace varios años, es la síntesis de cuanto puede definirnos y de cuanto tenemos que realizar.

* * * * *

Es precisamente el molde de aquel ya viejo, y perennemente vivo COMPROMISO DE PEREGRINO del que se ha servido Manuel Aparici, desde su dulce altura sacerdotal y desde el acervo de amores, desvelos y experiencias que fué toda su vida de joven de A. C, y de Presidente Nacional, para trazar toda la teoría de nuestra Obra. Y lo hizo no sólo para inmediata enseñanza de cuantos peregrinamos a Santiago en este Año Santo de 1948, sino también con la previsora intención de legar a todas las generaciones juveniles hispánicas cuanto el Señor quiso que fuese el pensar, el sentir y el obrar de la Juventud de Acción Católica, según pudo percibirlo y adivinarlo –él que era ya, por designio de la Jerarquía, Capitán de Peregrinos– de la forma misteriosa y feliz con que siente la voluntad de Dios el que es mayor y guía entre los hermanos.

Por eso es posible ver en el contenido mismo de estas glosas a cada uno de los puntos principales de nuestro COMPROMISO DE PEREGRINO, ese claro sentido trascendente a lo puramente circunstancial de un par de fechas ciertamente importantes, pero al fin pasajeras e históricas, que son el 28 y 29 de agosto de 1948. Porque tales glosas calan en lo hondo de la teoría de la peregrinación con ánimo de desvelarnos justamente lo teológico, lo ascético y lo místico de aquélla, que si tendrá su plasmación muy clara y expresiva en la próxima epifanía triunfal de Santiago de Galicia, ha de ser base perenne de nuestro pensar y vivir como Juventud de Acción Católica a través de todos los tiempos, mientras el Señor sea servido de mantener en la Iglesia española aquel brote fecundo de su Amor, configurándolo como una encarnación viva y ejemplar de la Palabra y la Vida de Jesús, alzada ante un mundo que necesita hoy y necesitará siempre de la Vanguardia de Cristiandad.

La aportación en este sentido de Manuel Aparici es valiosísima para la Juventud de A.C. de España. Con ello se responde también a la pregunta de muchos: ¿Qué hacer, qué decir, qué pensar cuando regresemos de Santiago? Para quienes planteen el problema de forma radical y casi angustiada, él da una visión de la peregrinación como tarea permanente, y por ello justificación incesante de nuestra Obra. Porque el peregrino sigue en estas glosas un camino abierto y ascendente de perfección que no acaba en la Compostela geográfica, sino en la Compostela eterna, que es la casa del Padre. Ni queda en un puro vivir individual, sino que ve desplegarse ante sus ojos ese maravilloso plano de la Cristiandad futura que él tiene que edificar, desde el seno reducido de la vida familiar hasta el ancho horizonte de las misiones entre infieles, cuyos 1.400 millones son perspectiva más que capaz de llenar de ambiciones y sacrificios muchos años de vida de la Juventud.

Lo que pasará, y esto es ciertamente destacable, es que la generación que no alcance la marcha histórica a Santiago precisará de una concreta y relativamente inmediata tarea que realizar, sugestiva y arrolladora como aquélla, pero siempre será sobre la base de ir edificando en cada uno de nosotros el Cristo vivo y en todos el Cristo total que Aparici fijó como término fundamental de la Juventud de A. C. Pero aun para esta delicadísima concreción de la tarea no será poco contar de antemano, como decimos, con ese enfoque juvenil y apostólico de ideas capitales que adelanta ya la seguridad de que no se va a errar en lo primordial, y de que por ello no se traicionará una herencia sagrada y limpia, elaborada con años, con sacrificios y con sangre de generaciones juveniles anteriores.

* * * * *

El estudio del COMPROMISO DE PEREGRINO viene, pues, aquí dado con este sentido de autoridad, de autenticidad y de oportunidad que señalamos. Y no restan valor a ello la forma sencilla de la exposición ni el vehículo periodístico en que llegó a nosotros. Porque aquélla, sobre hacerla altamente asequible a todos los ambientes juveniles, no ciertamente homogéneos, tiene la virtud de haberse logrado precisamente tras prolongada meditación, depuradora de conceptos e imágenes. Y éste, a pesar de entrañar una exposición interrumpida y periódica, no priva a las profundas tesis desarrolladas de la unidad de plan y de estilo, que es bien patente.

Son, pues, los capítulos que siguen una serie de artículos publicados por Manuel Aparici en nuestro semanario nacional "Signo", tan amado de él y de toda la Juventud de Acción Católica. No todos, sin embargo. Porque el titulado "Imitaré a Sant-Yago y San Juan" ha sido elaborado por el autor expresamente para esta edición, y el que figura bajo la rúbrica "Acepto el legado de Sangre", es un extracto, lo más completo posible, del texto de su discurso pronunciado en la gran peregrinación a Zaragoza e inserto también en un extraordinario inolvidable de "Signo". Penúltimo, el artículo "Plano de la cristiandad futura", a pesar de su brevedad, es de tal densidad en sugerencias, que él, por sí solo, basta para proporcionar ideas con que entender glosados algunos puntos del COMPROMISO no específicamente tratados bajo su rúbrica particular.

El libro queda así con la primitiva redacción y frescura de ideas con que fué elaborándose en "Signo", salvo contadísimos retoques hechos por el propio autor, coronado con el capítulo la "Peregrinación y el Papa", que, sin ser una glosa concreta a algún apartado del COMPROMISO, es, sin duda, un digno colofón que Aparici ha querido poner a toda la teoría de nuestra Peregrinación que desde 1934, 1936 y concretamente desde el 14 de marzo de 1937 no se concibe sin que la figura, la palabra y la presencia, en fin, venerables del Pontífice la presidan.

Con estas aclaraciones estimamos suficientemente expuesto el origen, sentido y forma de este libro. Y porque aun esto sea apoyado con palabras del propio Aparici, consignaremos aquí lo que él mismo dirá más adelante: "No pretenden ser estos artículos un tratado de todo lo que el compromiso de peregrino enuncia y menciona, sino una ayuda a la que me obliga el título de Capitán que me otorgásteis". La nota de modestia es evidente, pero no extraña, como sabemos, en el autor. Mas es justamente ese título de Capitán de Peregrinos, que le otorgó la Juventud de España, con el que Aparici se presenta de nuevo a ella por medio de esta obra, y el que, por estar bien justificado y atribuído según lo siente el sincero y apasionado corazón de esta misma Juventud, basta para privarnos de intentar por nuestra parte una presentación del autor, al uso en todas las líneas preliminares de un libro. Dicho intento hubiera sido imperdonable para una generación como la nuestra, que recibió de los labios y la pluma de Manuel Aparici las primeras noticias de nuestra Obra y aprendió de su vida el amor y la generosidad con que hay que servirla.

* * * * *

Como queda explicado que fué sólo el amor que Aparici tiene a esta Juventud de nuestra Diócesis el que le llevó a consentir que fuéramos los meros recopiladores y editores de su doctrina, a nosotros sólo nos resta testimoniarse aquí nuestra gratitud y pedir al Señor porque sus palabras calen cada vez más en el alma de la Juventud a quienes van dirigidas.

Y a imitación de aquella expresión de San Clemente Romano en su epístola a la Iglesia de Corinto, nosotros, fraternalmente, nos atrevemos a ofrecer la presente modesta edición con estas palabras finales: “La Cristiandad juvenil de la Diócesis de Cartagena-Murcia a todas las Cristiandades juveniles del resto de España y de la Hispanidad, peregrinas, como ella, a Santiago”.

JUAN CANDELA MARTINEZ
PRESIDENTE DIOCESANO DE LOS JÓVENES DE A.C.

Murcia, víspera de la festividad de San Juan Bautista del Año Santo 1948.

COMPROMISO DE PEREGRINO

Yo, peregrino como Santiago, por Dios y por España, *me comprometo*, respondiendo al llamamiento del Vicario de Cristo, a trabajar sin descanso por hacer de mí mismo, de mi Centro, de mi Patria y de todo lo hispánico, Vanguardia de...

“Una Cristiandad en que todos los miembros vigilen sobre sí mismos; que deseche toda tendencia a lo puramente exterior y mundano; que se atenga seriamente a los preceptos de Dios y de la Iglesia, y se mantenga, por consiguiente, en el amor de Dios y en la solícita caridad para el prójimo...: ejemplo y guía para el mundo profundamente enfermo.” (Pío XI, Encíclica del 14 de marzo de 1937.)

Para triunfar

Pediré la gracia para vivir en ella.
Oraré para no caer en la tentación.
Comulgaré, por lo menos, el día del Señor, y espiritualmente todos los días.
Haré de mi vida un continuo caminar hacia Dios.

Estaré unido a Jesucristo

Por el conocimiento e imitación de su Vida y práctica de su Doctrina.
Por la obediencia al Papa, a mi Obispo y a mi Párroco.

Honraré a la Virgen Maria

Con un vivir puro, alegre y apostólico.
Con el rezo cotidiano del Santo Rosario.

Imitaré a Sant-yago y San Juan, hijos del trueno, en su valiente Apostolado

Con la confesión en todo lugar, tiempo y circunstancias, de mi fe católica.
Ganando para Cristo a compañeros e instituciones a que me encamine su Divina Providencia.

Acepto el legado de sangre de los mártires y de los héroes

Caminaré sobre sus huellas ofreciendo trabajos, sacrificios y hasta la vida por Dios y por España.

Que lo sepan todos: lucho, como ellos,

Por la Unidad Católica de España a la luz de Roma. Por la inocencia de los niños.

Por la santidad de la familia.

Por la honestidad y austeridad de las costumbres.

Por la justicia en las relaciones sociales.

Por la grandeza del Imperio.

Por el honor de Cristo-Rey.

Guarde la Virgen del Pilar los destinos de España.

Y SERÁ PORQUE DIOS AYUDA Y SANT-YAGO.

POR·QUÉ VAMOS A SANTIAGO¹

Peregrinos, mal parece comenzar rectificándonos; pero es preciso, si queremos de una vez caminar sobre el calzado del Evangelio. No somos nosotros los que vamos, es el espíritu quien nos lleva. Comprendamos de una vez esta verdad que nos canta la Iglesia con palabras del gran Apóstol: “Pues estais muertos y vuestra vida permanece escondida con Jesucristo en Dios”. Lo viejo que hubo en nosotros, el hombre sujeto a la ley de la carne y del pecado, que es muerte, murió; Cristo le dió muerte en su cruz. Aquello no podía ir, bien lo sabemos, ni la lujuria, ni la codicia, ni el orgullo, ni la pereza, ni la envidia, ni la ira, ni la glotonería en que alguna vez vivimos nos podía conducir por un camino de pureza, de longanimidad, de abnegación, de diligencia, de caridad, de paciencia y austeridad, que es el camino de Santiago. Y pues sentimos que en el corazón nos estalla un ardor que nos fuerza a ponernos en pie y a caminar, bien podemos decir que nuestro pecado y nuestra carne, nuestra muerte, quedó absorbida por la victoria de Cristo, “que muriendo mató a nuestra muerte y resucitando reparó nuestra vida”.

Y esa vida que nace en nosotros por el agua y el espíritu es la que nos lleva a Compostela.

Si es Cristo quien nos lleva, es su Espíritu que pone en nuestros corazones ese ardor de caridad, el que nos fuerza a caminar. Preguntémoslo ¿por qué? ¿Que hay en Compostela? ¡Un sepulcro! Extraña paradoja.

GRANOS DE TRIGO

¡La juventud, vida en torrentera, llevada junto a las cenizas de un muerto! Mas es Cristo quien nos lleva y Cristo es Maestro y es Verdad, algo quiere enseñarnos a nosotros, que por jóvenes y católicos somos doblemente sus discípulos. Sí; una lección y una lección fundamental para el Apóstol: la del grano de trigo: “Si el grano de trigo, después de ochado en tierra, no muere, él solo se queda; mas si muere, produce mucho fruto”. Y ¿cómo muere el grano de trigo en las entrañas de la tierra sino absorbiendo la humedad del terreno e hinchándose hasta romper su corteza con las prolongaciones de las raicillas y del tallo?

A nosotros la gracia del Señor nos ha hecho grano de trigo; bajo la corteza de nuestra carne es su Vida la que se esconde. Mas ¿por qué en vez de dar el treinta, el sesenta o el ciento permanecemos casi solos? ¡No tratemos de engañarnos! Repasemos bien nuestras estadísticas y nos convenceremos de que allegamos a Cristo muy pocos jóvenes.

“Si después de echado en tierra no muere, él solo se queda.”

¿Nos hemos entrañado de verdad en la tierra del corazón de nuestros hermanos? Es la condición primera. Enterrarse. Sí; no nos asustemos: el grano en el granero no produce fruto; el joven de Acción Católica, encastillado en la

¹ “Signo” num. 185; 31 de julio de 1943.

torre de marfil de su narcisismo espiritual o en el refugio acogedor de su Centro, tampoco. Y no basta tocar tierra: establecer ese contacto material del mismo cuartel, el mismo taller o la misma aula; hay que enterrarse, sumergir nuestra alma con todas sus potencias sobrenaturalizadas por la gracia en ese mar de inquietudes terrenas de nuestros hermanos de generación.

Pero no basta enterrarse, hay que morir, hay que pudrirse. Así hace el grano de trigo, atrae hacia sí la humedad del terreno, y con ese agua se hincha, y al hincharse rompe la corteza y brota la raíz y el tallo, que más tarde será espiga cargada de fruto. ¿Morimos? ¿Se rompe la costra de nuestro egoísmo al empaparse nuestra alma con la humedad de las lágrimas de desesperanza e infelicidad que se oculta tras ese mar de inquietudes de nuestros hermanos? O ¿es que no vemos que sufren? Ya hemos olvidado aquella frase: “Juventud que tiene que comprar alegría en las taquillas de los teatros o de los cines es juventud que está triste, que no goza de la inmensa alegría de los hijos de Dios.”

“DONDE YO ESTOY”

Si no vemos ni sentimos la tristeza de nuestros hermanos es que no hemos muerto a nuestra carne y que nuestra alma sólo tiene ojos para la barrera de su “yo” carnal, en la que permanece encerrada. Mas si morimos a nuestra carne y la vida de nuestra alma permanece escondida en Cristo, las potencias de nuestra alma sólo podrán obrar a través de los sentidos de Cristo; por eso decía el Apóstol: revestíos de Cristo, que vuestros ojos sean cristianos, y vuestros oídos, y vuestra inteligencia, y vuestro corazón. ¡Ah si lo fueran! Haríamos como el grano de trigo: se nos vendría a los ojos ese velo, de lágrimas que ensombrece por los ojos de los muchachos que viven en pecado y se nos meterían por los oídos los gemidos de desesperanza y de hambre de amor y de felicidad que se ocultan en sus carcajadas del vicio. Y entonces ese dolor ajeno urgiría a nuestra caridad a salir de sí misma, como la raicilla del grano. y nuestras potencias vivificadas por la fe que obra por la caridad se alargarían hasta ellos para descubrir todos los elementos y gérmenes de vida que aún quedan en esas inquietudes terrenas. Y descubriríamos sus virtudes nativas: generosidad y franqueza, que –según Su Santidad Pío XII– son dote del pueblo español, y que esas almas, como bautizadas, están también ungidas por la sangre de Cristo, y que esa unción les atrajo el Espíritu Santo, que si hubo de marcharse porque pecaron, no por eso les quitó su dote, la fe y esperanza, que permanecen, aunque mortificadas, bajo la losa de sus pecados, sus ignorancias y sus prejuicios. Y ese contraste, su dolor de siervos del pecado y nuestra alegría de hijos de Dios, excitaría aún más nuestra caridad generosa e intentaríamos quitar esa losa, como en la resurrección de Lázaro, y el fracaso, porque lo tendríamos, nos haría sentir que no habíamos podido nada, porque habíamos pretendido apoyarnos en la nada que somos nosotros, y entonces el tallo de nuestra fe, cual nueva raíz de Jesse, crecería robusto, y no sólo rompería la corteza de nuestro egoísmo, sino también todos los criterios terrenos que nos ahogan hasta surgir por encima de lo terreno para buscar la luz del sol Cristo y se alzaría hasta el sol para apresar su luz y su fuego y con ellos retornar a la vida a las almas que nos rodean. Y al contemplar al sol: Cristo se haría nuestra oración cristiana.

Pues si con fórmula de juramento nos prometió “cualquier cosa que pidiérais al Padre en mi nombre os la concederá”, y pedimos y no alcanzamos, es que el fallo está en nosotros; en El no puede estar. O no pedimos al Padre: jamás nos hemos sentido hijos de Dios, pequeñuelos que viven, como los recién nacidos,

colgados del pecho de Dios, bebiendo la vida en llaga del costado de su Cristo; o nuestra oración no es digna de nombrarse cristiana, o porque no vivimos la altitud de Cristo: “Yo me santifico, me ofrezco por víctima a mí mismo, porque ellos sean santificados en la verdad”, o no pedimos lo que El: “Padre, yo quiero que estos que tú me diste estén conmigo donde yo estoy”, en una vida escondida con Jesucristo en Dios.

ENTERRADO EN ESPAÑA

Ésta es la verdad que quiere enseñarnos el Maestro en Compostela, junto a la tumba de Santiago. Porque Santiago, grano de trigo de aquella espiga fecunda del colegio apostólico, sí que supo enterrarse en España, romper la costra del egoísmo nacionalista judaico para empaparse del humor de las virtudes nativas de los hombres de Iberia. El vió que aquella lealtad indomable a sus religiones falsas se convertiría, en lealtad indomable hacia Cristo, que aquella generosidad en dar la vida antes que abdicar de su soberanía, se convertiría en un afán de perder hacienda, sangre y vida por asentar la soberanía de Cristo en todo el mundo; y como nos vió así, nos amó y se hincó de rodillas junto al Ebro, padre de Iberia, para alzarse en la oración de su fe hasta el Padre con la misma oración que él oyó en el Cenáculo: “Me ofrezco por víctima..., quiero que estos que tú me has dado estén conmigo allí mismo donde yo estoy...”, y vino la Señora, no un ángel ni un apóstol, sino la Reina de los ángeles y de los apóstoles, a confirmarle que su oración había sido oída. Y fué protomártir, y como su alma se había empeñado con las virtudes potenciales del alma española, parió, con su muerte en Palestina y su pudrirse en nuestra Patria, el alma cristiana de España.

Para esto nos lleva el Espíritu a Compostela, y al llevarnos sigue concediéndole a Santiago lo que pidiera al Padre: “Quiero que estén conmigo en donde yo estoy”, escondidos en el Corazón de Jesucristo, vuestro Hijo, donde aprendió a amar, y a ser llama de amor vivo..., y nos reúne en Valladolid en el Templo Nacional del Sagrado Corazón, para que estemos donde él y aprendamos a amar y a ser llama que esparza luz de fe y fuego de vida. Y después: al “Campus Stellae”, para que apoyando nuestra frente ardorosa sobre la urna funeraria que esté bajo tierra, su frío de muerte se nos cale hasta los huesos para que, muertos del todo y escondidos en el Corazón del Redentor, veamos a través de su Llaga a los hermanos y a la Humanidad toda. A los hermanos, porque cada uno de nosotros somos peregrinos y hemos empeñado nuestras almas con las virtudes potenciales de los hermanos, a fin de parirlos con muerte de nuestro hombre viejo y egoísta y con nuevo revivir de santificación y sacrificio que se hace todo a todos para ganarlos a todos. Y de la Humanidad toda, porque, aunque peregrinamos todos, somos un solo peregrino la juventud de la Iglesia de España; y esa juventud, colosal grano de trigo, tiene que submergirse en el mar de inquietudes terrenas, de la juventud del mundo, y ¡cómo se romperá la corteza de nuestro egoísmo con el mar de sangre joven que encharca al mundo! ¡Si no se estremecen nuestras almas con tanto clamor desesperado, es que estamos mintiendo a Cristo y a su Iglesia! Y que en vez de poner los ojos en los que Cristo amó hasta el fin, los ponemos con imbécil complacencia narcisista en nosotros mismos.

¡MILLARES DE JOVENES!

“Si amais a Cristo, extended vuestra caridad a todo el orbe”, dice San Agustín. Sí; extendamos el oído y la vista de nuestra caridad a todo el orbe. ¿Qué vemos? ¿Qué oímos? ¿Allá en el Este, o en Sicilia, o en Nueva Georgia, o en cualquier ciudad de Europa? Un joven, muchos jóvenes, millares de jóvenes que estaban llenos de vida y de ilusiones, hambrientos de felicidad, con el cuerpo destrozado por esos instrumentos de muerte que inventó la mente humana al servicio del odio. No les pongamos apellidos de una patria terrena, ya están en tierra de nadie, en el dintel que separa el tiempo de la eternidad, y en la eternidad no hay más que dos patrias: el cielo o el infierno. Son jóvenes, los amaba Jesús y mueren entre horribles dolores, lejos de la madre, de la hermana, de la esposa, de los hijos, de la novia y, lo que es peor..., de Cristo. Lloremos, sí; son las fieras las que no lloran ante el dolor humano; los hombres, sí. Y si Jesús lloró ante la visión de una Jerusalén destruida, ¿qué lágrimas no serían las suyas al ver que el mundo se destruye entre las llamas del odio? Lloremos, y con la humedad de las lágrimas se henchirá intrépida nuestra fe y retornaremos a orar como peregrinos...

Porque ni oración ni peregrinación comenzó ahora. Ha más de siete años, el día 1º de febrero de 1936, nuestro presidente hincaba sus rodillas ante el Vicario de Cristo y le decía: “Padre, los Jóvenes de Acción Católica de España queremos que aquellos que nos has dado estén con nosotros en nuestra misma fe, para que sientan el gozo de su filiación divina y nos ofrecemos a emprender peregrinación de penitencia y sacriüicio para que ellos sean santificados en la verdad”.

Y el Señor oyó nuestra oración: nuestra juventud fué protomártir. Siete mil se inmolaron como víctimas en la Cruzada, y dos mil se preparan de la inmolación del sacerdocio. Y María nos confirmó en nuestra fe en Zaragoza y el Espíritu nos lleva a Compostela.

VOZ DE MARCHA Y AVISO DE ROMERÍA²

Sentido peregrinante de la vida cristiana.

Ahora el Consejo Superior ha renovado “La voz de marcha y aviso de romería convocando a las generaciones nuevas de las Españas en el camino de Compostela”. Dentro de dos años, los viejos caminos de romería se estremecerán de gozo con el rítmico y gozoso pisar de los 100.000 peregrinos jacobeos. Pocos son dos años para que 100.000 jóvenes se hagan llama de amor vivo; mas desde que besamos el santo pilar, el viejo lema jacobeo reza: “Por mediación de Santa María, Dios ayuda y Sant Yugo”.

Urge renovar la fe, esa fe recia y divina con que el Señor quiso regalar a las gentes de España. No somos nosotros los que vamos, es el Espíritu quien nos lleva. Sabemos que muchas fuerzas del mal se conjuran contra el nombre de España porque otra vez se proclamó novia de Cristo y amazona de Dios; pero ¡qué importa! ¿Es qué las naciones, aunque sean grandes imperios, no son ante Dios como gotas de agua en una jofaina?

Tengamos conciencia de la misión a que el Cielo nos llama. Sólo nosotros podemos amar, porque no hemos vivido el odio que durante seis años azotó a la Humanidad. Los que viven todavía entre tinieblas se ciegan ante la luz y no pueden comprenderla. Mas por eso mismo tenemos el deber de avanzar en nuestra peregrinación de paz para que al fin la luz de nuestras buenas obras glorifique al Padre que está en los Cielos. Son alrededor de setecientos treinta días los que faltan hasta el momento de que nuestro peregrinar ulterior, tras del reino de Dios y su justicia, aflore al exterior difundiendo la alegre esperanza de los hijos de Dios. Ni un solo día debe perderse; nosotros no somos sino la cabeza de una serie de generaciones que quiere volver a Cristo; de nuestra cooperación a la gracia depende la suerte eterna de millones y millones de almas. Ni un solo paso atrás; alta la cabeza, el alma humilde y el corazón abierto a la esperanza, avancemos musitando el grito del Arcángel: ¡Quién cómo Dios!

PEREGRINAR, ESTILO DE VIDA CRISTIANA

Se ha dicho que a los Jóvenes de Acción Católica les había entrado un raro afán dinámico y peregrino. Se ha dicho que peregrinar hacia Santiago era poner una meta muy próxima para los empeños del alma moza de España. Se han dicho otras muchas cosas; pero sin duda quienes las dijeron no pararon en reflexionar demasiado sobre lo que la propia Juventud de Acción Católica en el decurso de diez años había venido diciendo sobre su peregrinación.

² “Signo” num. 292; 18 de agosto de 1945.

¿Raro afán peregrinante? ¿Acaso peregrinar no es el auténtico estilo de la vida cristiana? ¿Son de los Jóvenes de Acción Católica o de San Clemente Romano las palabras: “La Iglesia de Dios que peregrina en Roma a la Iglesia de Dios que peregrina en Corinto”?³ ¿No se dirigen al Señor aquellas palabras de Cleofás: “Tu solus peregrinus es in Jerusalem”?⁴

¿Qué significa la palabra peregrino sino extranjero? ¿Y no deben de ser los cristianos extraños y extranjeros para los usos y costumbres del mundo? Si a quien debemos el ser le llamamos padre y a la sociedad que nos vió nacer Patria, ¿no debemos los bautizados llamar Padre a Dios y al Cielo nuestra Patria? Porque en el bautismo murió nuestro hombre viejo, nuestro vivir humano caduco y temporal, para ser incorporados al Hombre Nuevo, a Cristo, nuestra Cabeza y nuestro Hermano, y que se extendiera en nosotros su vida divina e inmortal. Y si la vida que poseemos nos viene desde el Cielo y nos ata con él, bien claro es que esto no es nuestra morada, que la vida de acá es –como dijo la Santa– “una mala noche en una mala posada”, que estamos de paso, que somos peregrinos que caminamos hacia la Patria eterna del Cielo. Esto y no otra cosa pretende la Juventud de Acción Católica: restaurar el bello estilo dinámico y peregrinante de la vida cristiana, enderezar todos los pasos del joven español hacia Dios, hacer que a impulsos del Espíritu Santo camine sobre las huellas de Cristo, llevando consigo a todos sus hermanos de generación a la Casa del Padre. Por eso el joven de Acción Católica de España es “peregrino como Santiago”, porque es peregrino y apóstol: tiene grabada en la retina del alma la amabilidad y belleza de Dios y camina hacia Él cantando y anunciando sus misericordias y perfecciones a todas las gentes, a fin de que cuantos la oigan se hagan UNO con Él en la alabanza al Padre por el Hijo en el Espíritu Santo y en el gozo y la paz que resultan de la fruición en la fe y la esperanza de la Caridad de Dios.

Peregrino y Apóstol, y su peregrinar hacia Santiago no supone una meta física y geográfica. Suponer eso es atribuir una incongruencia a la Juventud de Acción Católica de España. Porque nuestro pregón de Peregrinos es un cartel de desafío al materialismo del siglo XX, es derribar de su pedestal al dios Mammon que entronizaron los pueblos nórdicos y protestantes y proclamar a los cuatro vientos que a las generaciones nuevas de las Españas no les interesan los imperios del hierro; la hulla, el petróleo... , sino el Imperio de Dios. Y si esto es así, si nuestra peregrinación es un afán que el espíritu siembra en nuestras almas ¿cómo pensar detener nuestros pasos en Compostela? No; Compostela es un símbolo, Compostela es el finisterral, y así como el Espíritu llevó a Santiago a evangelizar el último rincón de la tierra, entonces conocida, así estamos seguros que el mismo Espíritu llevará a todos los hijos de su estirpe a evangelizar todos los rincones del planeta.

Peregrinación por la cual el Espíritu nos hace entroncar con las primeras generaciones de la Iglesia y con lo mejor de nuestra Historia. Con las primeras generaciones, porque, para vencer al paganismo en que ha recaído la Humanidad, es forzosa una efusión de caridad semejante a la que redujo a Cristo el Imperio de los Césares. Y con lo mejor de nuestra Historia, porque peregrinante fué el vivir español, que España no supo de otra empresa ni ambicionó otra gloria que la de abrir camino a costa de su sangre al Reino de Dios sobre el planeta.

Peregrinación que no es caminar sólo por los senderos de España, sino por las vías del espíritu. Es reconstruir sobre cada joven de Acción Católica de España, y por su medio sobre todos los jóvenes hispánicos, la unidad católica de

³ Epístola de San Clemente Romano a la Iglesia de Corinto.

⁴ S. Luc., XXIV, 18.

la Hispanidad. Es romper con el liberalismo protestante, atomizador e individualista. Es vivir con fe iluminada, robusta y ardiente el dogma de la comunión de los santos. Que la unidad católica de la Hispanidad no sólo hay que considerarla en el espacio, cada uno somos solidarios, sí con el triple vínculo de la fe, la sangre y el idioma de todos los hispanos, pero no sólo de los que son ahora, sino de todos los que lo fueron desde que al Señor le plugo que viniera a pudrirse en tierra de España el grano de trigo de su Apóstol Santiago, a fin de que surgieran los ubérrimos trigales del catolicismo español que supo el primero abrazar a todo el planeta en los ardores de su amor eucarístico. Y esta unidad hispánica es católica, enemiga de todo exclusivismo; abraza en su fe a todos los hombres. Precisamente la razón de sentirse una es la comunidad de misión, es poner todas sus energías al servicio de la Iglesia de Cristo en su misión evangelizadora y redentora. Es dar cumplimiento a los deseos del Vicario de Cristo: “Nuestro deseo con relación a España es verla una y gloriosa, alzando con sus brazos poderosos una cruz en torno a la cual se congreguen todos aquellos pueblos que gracias principalmente a ella piensan y rezan en castellano, para después proponerla como modelo de lo que puede el poder restaurador de una fe, a la que, en definitiva, hay que volver para resolver todos los problemas”.⁵

Peregrinar es avanzar por medio de la oración en la cadena de las causas segundas y rosario de las gracias del Señor hasta la gracia primera. Es tener clara conciencia de que nuestro ser católico actual se lo debemos, además de al Señor y a su Santísima Madre, a Santiago, a San Pablo, a los mártires de las persecuciones de Decio y Diocleciano, a los Concilios toledanos, a los mártires, monjes y héroes de la Reconquista, a Santa Teresa, a San Ignacio, a San Juan de la Cruz, a San Pedro de Alcántara, a San Francisco Javier, a Santo Domingo de Guzmán, a San Juan de Dios; en una palabra, a las setenta generaciones católicas que nos fueron legando su amor a Cristo y a las almas. Y que pesa sobre nosotros idéntica misión: difundir el Reino de Cristo entre todas las razas y naciones.

Por eso el Joven de Acción Católica de España se obliga en su compromiso de peregrino no a caminar hacia Compostela, sino a trabajar sin descanso por hacer de sí mismo, de su Centro, de su Patria y de todos los hispánicos vanguardia de “una cristiandad en que todos los miembros vigilen sobre sí mismos; que deseche toda tendencia a lo puramente exterior mundano; que se atenga seriamente a los preceptos de Dios, de la Iglesia y se mantenga, por consiguiente, en el amor de Dios y en la solícita caridad para el prójimo...”. Es decir, el peregrino que se ha proclamado conciudadano de los santos, pone la meta de sus ansias en reinstaurar en la tierra la Ciudad de Dios.

⁵ Discurso de S.S. Pio XII al Embajador de España, diciembre 1941.

LA PEREGRINACIÓN INTERIOR, PRIMERA ETAPA DE LA MARCHA⁶

Si el peregrino pone la meta de sus ansias en reinstaurar la Ciudad de Dios en la tierra, fácilmente se comprende aquella “consigna-definición” que, ruta al Pilar, se dió a nuestro caminar apostólico: “Peregrinar no es nada; peregrinar con fe es abrir camino”. Abrir camino al reino de Dios en la propia alma primero, y después, mediante nuestro vivir informado por la gracia y el celo apostólico, en toda la juventud de España y del mundo. De este doble momento, santificación propia y santificación de cuantos nos rodeen, se derivan los dos aspectos de la peregrinación: interior y exterior. Interior, que es de siempre: oración, sacrificio y apostolado, que hagan crecer en nosotros a Cristo, y exterior, que será la marcha jacobea sobre los caminos de España. Es la vieja consigna que nos dió su Santidad Pío XI el 10 de marzo de 1934 cuando peregrinamos a Roma: “Vivid, jóvenes católicos de la querida España, una vida cristiana ejemplar, y después actuad; así no se correrá el peligro de que vuestra Acción Católica sea un mecanismo muerto”. Lo primero en la intención será lo último en la ejecución: la reinstauración de la Ciudad de Dios sobre la tierra; pero si de verdad es lo primero en la intención, si este santo ideal ocupa la cumbre entre todos los ideales y valores que mueven al peregrino, todos sus pasos tendrán un valor apostólico y católico pleno, porque todos estarán regidos por aquella primera intención, que no tiene primacía sólo en el tiempo, sino también en el valor. Y a esto precisamente se endereza lo que llamamos caminar interior del Peregrino: a que en su alma ocupe siempre el Señor la primacía. Pues San Agustín nos dice: “Dos amores fundaron dos ciudades: la terrena, el amor propio hasta llegar a menospreciar a Dios, y la celestial, el amor de Dios hasta llegar al propio menosprecio. Aquélla en sí misma, ésta en el Señor se gloria. Pues aquella busca la gloria de los hombres y esta tiene por suma gloria a Dios”⁷.

EL PASO DEL MAR ROJO

Vanidad y engaño de las almas y de la Iglesia será proclamarnos peregrinos de la Ciudad de Dios si todo, en el obrar organizado de la Juventud de Acción Católica, no se encamina a que crezca en nosotros ese amor a Dios que la levanta. Urge, pues, que atravesemos el mar Rojo.

Sí; no os asustéis. No se trata de un viaje a Palestina o a Egipto, sino de que consideremos en la oración estas palabras del Aguila de Hipona: “... ninguno de los fieles ha de dudar que el paso de aquel pueblo por el mar Rojo figura fué de nuestro bautismo, pues por el bautismo somos liberados del diablo y de sus

⁶ “Signo” núm. 294; 1 de septiembre de 1945.

⁷ “La Ciudad de Dios”, 1, XIV, cap. XXVIII.

ángeles, que nos arruinaban y esclavizaban como el Faraón y los egipcios a los israelitas”.⁸

RENOVEMOS NUESTRO BAUTISMO

Sigamos todo el paralelismo de la figura: el pueblo de Israel prefigura al cristiano; su cautividad en Egipto, la del pecado; el paso del mar Rojo, el santo bautismo; su peregrinar por el desierto, el cristiano hacia la perfección. Mas aunque todos los jóvenes de Acción Católica peregrinos estén bautizados, ¿obra, en ellos toda la gracia del bautismo? El Angélico, comentando las palabras del Señor en San Mateo “Id y enseñad a todas las gentes, bautizándolas en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo, enseñándolas a observar lo que yo os he enseñado”, dice: “Por estas palabras se imponen tres deberes: el primero, instruir; el segundo, bautizar, y el tercero, informar en cuanto a las costumbres. Instruir en las verdades de la fe, porque sin fe no es posible agradar a Dios y porque a quien se le va a conferir una dignidad conviene que se le instruya sobre ella para que la reciba con reverencia y con amor”.⁹

¿No se deberá tal vez la vida lánguida de muchos peregrinos a que no se hayan instruido suficientemente sobre su dignidad de cristianos? Por ello repito que urge que atravesemos el mar Rojo. ¿Cuál? El de la Preciosísima Sangre que derramó el Señor en su Pasión. Pues si en el bautismo hemos sido consepultados con Él para morir a nuestro hombre viejo y resucitado con Él a nueva vida y hay en nosotros todavía más de hombre viejo que de Cristiano, es que, por parte de nuestra libertad, no por parte del sacramento, no hemos llegado a morir de verdad. Y pues, fué Cristo Nuestro Señor quien dió muerte a nuestro pecado en su carne, clavándolo consigo en la cruz, actuemos ese nuestro morir al pecado, ponderando en nuestro corazón qué fué y para qué fué esa muerte de Cristo en la Cruz.

VIVAMOS LA RESURRECCION

Pensemos que el Apóstol nos dice: “Si Cristo no ha resucitado, vana es nuestra fe”.¹⁰ Y cuando nos vemos a nosotros tan vacíos de obras de amor de Dios, forzosamente hemos de reconocer que para nosotros aún no ha resucitado Cristo, o con más propiedad, que no hemos experimentado en nosotros la fuerza de su Resurrección. Y, en efecto, mal pueden resucitar los que no mueren; y sólo puede morir el desamor de nuestro hombre viejo y de pecado, ahogándolo en el amor de Dios, que se nos revela y pone de manifiesto en el morir en cruz de su Divino Hijo. Pues no olvidemos que es el propio Jesús quien en San Juan nos dice: “Tanto amó Dios al mundo, que no paró hasta darle a su Hijo unigénito para que todo el que cree en Él no perezca, sino que alcance la vida eterna”. ¿Quién perece? Quien no cree que Cristo crucificado es la expresión y la medida del amor sin medida de Dios. ¿Quién alcanza la vida eterna? Quien cree que Cristo es el Hijo de Dios vivo y que murió en cruz por amarnos, a fin de que creyendo en su amor le otorgáramos el “sí” de nuestra libertad al Esposo del alma y entregándonos a su amor fuéramos dos en un espíritu.

Un amor más fuerte que la muerte debe de nacer en nuestras almas del místico paso del mar Rojo. No otra cosa se propuso el Señor con su Pasión que

⁸ “Comentarios a la Epístola primera a los Corintios”, San Agustín.

⁹ “Comentarios al evangelio de San Mateo”, Santo Tomás.

¹⁰ Cor., XV, 14

intentar declararnos el amor que nos tenía, a fin de que sintiéndonos amados con tan excesivo exceso y por la Persona más alta, por la segunda Persona de la Santísima Trinidad, naciera en nosotros el amor hacia Él y el aborrecimiento a lo que fué causa de su padecer y morir, nuestro pecado. Intentó declararnos toda la magnitud de su amor y no pudo, pues cuando Santa Catalina de Siena le pregunta al Señor: “Dulce e inmaculado Cordero, ya habías muerto cuando te abrieron el costado; ¿por qué quisiste se hiriese y partiese el corazón?”, le contesta el Padre: “Él te respondió que por muchos motivos había sucedido esto. Yo te diré uno de los principales, y fué porque mi deseo para con el linaje humano era infinito, y el acto de sufrir penas y tormentos era limitado y finito; porque en cosa finita no podía mostrarse el amor infinito, por eso quiso que vieses el secreto del corazón, mostrándosle abierto para que viéseis que amaba más de lo que se manifestaba por una pena infinita”.¹¹ (5).

Esa es, pues, la primera etapa del peregrinar interior: actualizar las gracias del bautismo mediante la meditación afectiva de la Pasión del Señor. Así, firmemente establecido en el alma aquel amor de Dios que llega hasta el desprecio y olvido de sí propio y en el que se fundamenta “La Ciudad de Dios”, podremos proclamar con verdad que somos peregrinos de ese eterno camino de santidad que conduce a la reinstauración del reino de Dios sobre la tierra.

¹¹ Cor., XV, 14.

CAMINAR DE FE EN FE¹²

Traspuesta la etapa del mar Rojo, con la actualización de las gracias que nos confirmó el santo bautismo, hay otras etapas de nuestro caminar de fe en fe que constituyen el peregrinar interior. Etapas cuyos nombres vienen a coincidir con los gloriosos sobrenombres de los cinco últimos Pontífices: “Crux de Cruce”, “Lumen in coelo”, “Ignis ardens”, “Religio depopullata” y “Fides intrepida”.

“CRUX DE CRUCE”

Es la etapa en que comienza a vivirse el “Beati pauperes...” del sermón de la Montaña. El alma cierra los ojos de su conocimiento para las cosas exteriores por medio de la mortificación y de la cruz. Convertida al amor de Dios, que se le ha puesto de manifiesto en la Pasión de Cristo, de cuya muerte toman su virtud regeneradora las aguas del bautismo, ha cerrado los ojos de su afecto a las cosas vanas de aquí abajo; vive lo que San Juan de la Cruz llama la noche del sentido y, sintiéndose atraída por el amor de Dios, que resplandece en el misterio de la cruz, va despegándose de las criaturas. Ya las riquezas, los honores, la salud, ante el Bien infinito que empieza a descubrir en Dios, pierden valor; y sus criterios van fundamentándose más y más en las verdades de la fe, de forma semejante a como la Iglesia asentó sus nuevos avances, tras del despojo de lo temporal de que fué objeto en el pontificado de Pío IX, en las dos verdades que se definieron bajo su pontificado: la Inmaculada Concepción y la infalibilidad pontificia.

“LUMEN IN COELO”

Pero así como las luces encendidas en la inmensidad de los cielos no pueden contemplarse sino cuando se ha hecho la noche, así el alma del peregrino no podrá contemplar las luces de amor que hay contenidas en cada una de las verdades reveladas y propuestas a nuestra fe por la Iglesia si no hace la noche del sentido en torno suyo, si no centra la atención del alma en esas verdades de amor que el Señor ha querido anunciarle por medio de la mística esposa de Cristo: la Iglesia Católica.

Y así, cuando sobreviene la noche de la persecución en la Juventud de Acción Católica de España, es cuando la gracia del Señor enciende aquel maravilloso camino de estrellas de los siete mil mártires, en cuyas carnes, desgarradas por la metralla que reciben por amar a Cristo, revive la pasión del cuerpo místico, “completando en ellos lo que le falta a la Pasión de Cristo por el cuerpo de Él, que son sus miembro”.

Y así también el Señor, tras del pontificado de dolor y de cruz de Pío IX, dotó a su Iglesia de un Pontífice doctor, León XIII, que vino como abrillantar y

¹² “Signo” núm. 299; 6 de septiembre de 1945.

hacer más potentes, al proponerlas de nuevo a los fieles, las luces del cielo, perennemente contenidas en la doctrina del Salvador y de su Iglesia.

“IGNIS ARDENS”

Y cuando el alma empieza a conocer el amor de Dios en la luz de fe y de la gracia, toda ella se hace amor. Por algo dijo el Señor a San Juan: “Cuando fuere levantado por encima de lo más alto, todo lo atraeré hacia mí”. El alma ha visto cómo un día vió Simeón que Cristo es el Salvador, que es el valor supremo, el Amor de Dios, la palabra de Dios hecha carne para dar a conocer el amor a las pobres almas que gemían cautivas de la servidumbre del pecado y de la carne. Y al conocer que ese Dios-Amor se anonadó a Sí mismo, se abatió y abajó hasta tomar forma de esclavo para liberarnos de nuestra esclavitud y hacernos partícipes de su propia vida bienaventurada, se hace la Vida de amor y caridad en ella. Así, en la moderna historia de la Iglesia, al pontificado de León XIII, “Lumen in coelo”, sucedió el de Pío X, Pontífice, santo y santificador, Caridad ardiente, que impulsa a todos los fieles a unirse lo más frecuentemente posible con el Amado en el abrazo santo de la Eucaristía.

“RELIGIO DEPOPULLATA”

Cuando el alma está llena de amor, ya no se vive sino para el Amado. Es el “cesé todo y dejéme, el rostro recliné sobre el Amado, quedando mi cuidado sobre sus azucenas olvidado”, que cantó nuestro místico. El alma contempla al Amado, que se desposó con la muerte en la Cruz para dar su vida a la Humanidad, muerta por el pecado. Y ya Cristo es el Cristo colectivo de San Pablo, el Cristo total de San Agustín, que le hacía decir: “Si quieres amar a Cristo, extiende tu caridad a toda la tierra”. El alma vive de fe, y en su fe, lo que se ve en cada hombre no es lo temporal y caduco, sino lo divino; ve que a todos los ha amado Cristo infinitamene, y en todo lo primero que ve es el amor que Cristo les tiene, y para ella ya no hay judío ni griego, esclavo ni libre, sino que todos son uno en CriSto. Y al ver que esa cristiandad esta devastada que ese cuerpo místico de Cristo que milita en la tierra está cubierto de llagas de pecado y de herejía, y de ignorancia, siente un inmenso afán de aplicarse a curar esas llamas con el divino bálsamo de la caridad de que está llena.

Y así, al pontificado de la caridad ardiente sucedió el de Benedicto XV, que durante su pontificado ve realizada la realidad de su sobrenombre: “Religio depopullata”, contemplando la cristiandad devastada por la muerte y el odio que desató la guerra europea anterior.

“FIDES INTREPIDA”

Pero ante las llagas del Amado, el alma se enciende en amores y fe y se lanza intrépida, desafiando todas las dificultades, a sanar las llagas del cuerpo místico o a instaurar la paz de Cristo en el reino de Cristo. Y así, el Señor, tras de la gran tragedia de la guerra del 14, dota a su Iglesia del Pontífice de la fe intrépida, de Pío XI, que lanza a los fieles a la reconquista del mundo para Cristo mediante el apostolado de la Acción Católica.

Etapas espirituales que también se da en el seno de la Juventud de Acción Católica de España: durante la Cruzada, la luz de la gracia enciende la roja y encendida rosa de sangre de la caridad en los mártires, y de tal forma los jóvenes dejan de pensar en sí para pensar y vivir sólo para el Amado, que ya durante los días gloriosos del orar y el sufrir por la conversión de la Patria se enciende la gran luz del ideal que nos arrastra hacia Compostela: ganar todo el mundo para Cristo por el impulso y la fe del alma hispana. Y tras de aquella epifanía del Pilar, en la que 20.000 jóvenes se mostraron al mundo como una sola ascua de caridad, vino la decisión intrépida de proclamar como ideal propio de la Juventud de Acción Católica de España y de sus miembros el hacer de España y todo lo hispánico vanguardia de la cristiandad, ejemplo y guía que había pedido Pío XI para salvar al mundo.

Etapas de caminar interior necesarias, pues cuando todas ellas se resumen en el alma se viene a ser Pastor angélico, y si en Pío XII se han reunido y como dado cita la cruz de Pío IX, la luz del cielo de León XIII, la caridad ardiente de Pío X, la cristiandad devastada de Benedicto XV y la fe intrépida de Pío XI, también se han de reunir y como dar cita en nuestros jóvenes peregrinos, que estiman como su mejor blasón el ser “los jóvenes del Papa” y “los brazos, bocas, corazones y voluntades que multiplican su acción sacerdotal”.

LA CRISTIANDAD EJEMPLAR, META DEL PEREGRINO¹³

Pero en esta marcha hacia la perfección los jóvenes peregrinos persiguen una ambición, un ideal que ansían verlo convertido en norma de la sociedad en que viven: la “Civitas Dei”, la Cristiandad pedida. por Su Santidad Pío XI en la “Mit brennender Sorge”, para que con su ejemplo fuera luz y guía de este mundo, sumido en las densas tinieblas de la duda y del odio. Mas así como el arquitecto, antes de trazar sus planos y de levantar el edificio lo ha concebido en su imaginación, y esa imagen que vive en su interior es la que lleva al papel y luego a la piedra, así en el alma del joven peregrino, en el amor y por el amor de Cristo, se ha concebido también esa “Civitas Dei” que se asienta sobre la justicia el amor y la paz que vino a trazar el Salvador. Y porque viven, el reino de Dios en la esperanza de sus deseos y se gozan con la caridad y armonía que reinara entre los moradores de la Cristiandad que contempla en su fe, va edificando en su diario vivir los cimientos de la ciudad de Dios a medida que va consolidando en su alma el amor y las virtudes que la levantan.

CONCEPTO ESPIRITUAL DE CRISTIANDAD

Mas la Cristiandad puede considerarse en sus varios aspectos: el más hondo y del cual fluyen los demás como de su fuente, es el sobrenatural o teológico, según el cual puede llamarse Cristiandad a la Iglesia militante, al Cuerpo místico de Cristo. Por ello, los jóvenes peregrinos deben de ahondar por la oración y el estudio en el conocimiento de esta doctrina que, expuesta por el Apóstol, ha sido recientemente propuesta a la meditación de los fieles por el Papa Pío XII en su encíclica “Mystici Corporis Christi”. Sólo así vivirá en ellos aquella fe, don del Cielo, que a San Pedro, en Cesarea de Filipos, le hizo confesar al Hijo del hombre como al Cristo, el Hijo de Dios vivo. Y a esa fe, semejante a la de Pedro, es la que el Señor promete gozo bienaventurado, firmeza pétrea y espíritu católico o universalista.

Claramente –como comenta el Angélico– señala el Maestro que pueden existir dos tipos de conocimiento de que Cristo es el Hijo de Dios vivo. De carne y, sangre, o meramente intelectual, o del Padre que está en los Cielos. Al primero no atribuye el Señor ni gozo, ni firmeza, ni caridad sobre la que se pueda levantar la Iglesia católica. Y ello es porque en el meramente intelectual, aunque a Cristo se llame Hijo de Dios vivo, no se tiene noticia, ni siquiera velada, de lo que esas palabras significan; son palabras grandes, pero aún vacías de contenido para el alma, y así ésta no puede gozarse de sentirse amada hasta la muerte y muerte de cruz por el más excelente de los seres, por el Ser Supremo, que posee en grado infinito todas las excelencias y perfecciones. No tiene gozo el alma, pero tampoco tiene firmeza; dirá, sí, que se apoya en Cristo, pero como aún no ha conocido a

¹³ “Signo” núm. 296; 15 de septiembre de 1945.

Cristo en la luz del Espíritu Santo, como no ha saboreado su amor y su omnipotencia, no se apoyará por la fe en Cristo, sino en la creación de su propia inteligencia natural, y vendrá a cumplirse aquella sentencia del Señor: “Cuando un ciego guía a otro ciego, los dos, caen en la fosa”. Pero tampoco habrá espíritu apostólico que fuerce en abrazar a todas las almas en la Iglesia de Cristo, porque mucho menos todavía ha llegado a descubrir que Cristo Hijo de Dios vivo, con un amor infinito, de virtud operativa omnipotente, ha redimido a todos los hombres y las ha hecho una sola cosa consigo, solidarizándose con la muerte de sus pecados a fin de hacerlos solidarios de su vida de justicia. Y como el alma no ha visto esto en la luz centelleante y deslumbradora de los dones, no ve a los demás hombres como a los amados hasta la muerte por el Hijo del Dios vivo, y al no verlo no siente la sed de notificar, a los que aún lo ignoran, el misterio de la Redención. Mas en el otro conocimiento de Cristo, el sobrenatural o de dones del Espíritu, se da gozo, firmeza y hambre del venga a nos el tu reino. A esta fe deben de llegar los jóvenes peregrinos para levantar en su alma la cristiandad de sus afares, pues sobre Pedro y sobre su fe prometió el Señor edificar su Iglesia, y contra la cual nada podrían las fuerzas del infierno.

LA CRISTIANDAD EN LA HISTORIA

El joven peregrino ha llegado en ese su caminar interior a vivir de la fe que obra por la caridad. La caridad que le llena urge a todas sus potencias a conducirse de tal forma, que todas sus operaciones anuncien al Redentor. La difusibilidad es ley del amor y del bien. Todo lo que fluye de su alma, que sobreabunda en caridad, lleva su sello: cristiano es el hogar y cristianas son las relaciones que entabla con otros individuos y familias. Tienen carácter apostólico y mediador. Se encaminan a derramar el bien y a anunciarlo, Pero, en su primer estadio, es un fluir espontáneo y casi inconsciente del espíritu, es el operar que sigue al ser; mas en un segundo momento todo el operar se rige por una voluntad reflexiva, por una voluntad que sabe lo que quiere y lo quiere con todas sus energías; es el momento en que el joven peregrino se ha abrazado de lleno con su ideal: hacer de sí mismo, de su Centro, de su Patria y de todo lo hispánico vanguardia de la Cristiandad, pedida por el Vicario de Cristo.

Pero en este momento convendrá que piense que esa Cristiandad, esa ciudad de Dios, llegó a tener una cierta realidad en la tierra. Es la Cristiandad medieval, la que aglutinó en armonía de servicio y amor a los hombres de los siglos XI al XV; la que formó a Europa y le dió una unidad de pensamiento que la convirtió en civilizadora de otros continentes. Luego quebró la unidad de fe y de pensamiento y se escindió la Cristiandad. Pero todos los que de verdad quieren reedificar la Cristiandad, no aquella de la Edad Media, sino la que debe de unir a los hombres y a las razas en armonía de amor y servicio en la Nueva Edad que comienza, todos los que quieran levantar la Cristiandad ejemplar, ti, deben estudiar aquella que llegó a su cumbre en la alta Edad Media. Repetimos que no para resucitar sus instituciones –la vida jamás camina hacia atrás–, sino el espíritu que las hizo nacer, a fin de que ese espíritu de fe y de caridad, tal vez más acendrado y depurado hoy que hace siete siglos, levante la Cristiandad que precisan los pueblos para salvarse. Porque hay que decirlo: la salvación de la Humanidad no vendrá de cartas del Atlántico ni de puntos programáticos de Naciones Unidas, sino de lo único que es salvador: de la fe, que obra por la caridad.

LA HISTORIA, MAESTRA Y ALIENTO DEL PEREGRINO

Estudio, pues, con voluntad comprensiva de la Cristiandad del medievo, de sus instituciones principales, distinguiendo lo mudable o accidental de lo esencial o perenne. Estudio del espíritu que la hizo surgey la, mantuvo, y junto con todo lo que la dió ser y perfección, también las corruptelas que existieron y que dieron paso a las causas que produjeron su descomposición y disolución.

De esta forma el joven peregrino se arraigará más en su fe. No sólo se lanzará con brío a la empresa de edificar la vanguardia de Cristiandad, porque, consecuente con su juramente mariano, cree en el poder omnipotente de la gracia, sino porque el haber visto que la Cristiandad existió le confirmará en la creencia de la posibilidad de la empresa. Si unos hombres que tenían que luchar con la dureza de unas costumbres que dieron el nombre de Edad de Hierro a aquella en que vivieron levantaron la Cristiandad porque estaban animados de la fe y de la caridad católica nosotros, vivificados por la misma fe y caridad, también la levantaremos si acometemos la empresa unificados en su actuación por su amor y devoción al Vicario de Cristo.

EL PLANO DE LA CRISTIANDAD FUTURA¹⁴

Toda gran empresa requiere un pensamiento común en quienes la sirven. Es precisamente el bien que la misma empresa importa lo que conjuga las libertades de los hombres que la abrazaron y los jerarquiza. No mirando a las apetencias individuales, sino al servicio que cada uno puede rendir para el logro de ese bien común que aunó los entusiasmos y energías de todos.

Este es el milagro que la Acción Católica empieza a operar. Los católicos no se unieron por las exhortaciones a la unión que les dirigen sus jefes, sino que han empezado a unirse en cuanto se les ha hecho sentir que ellos tenían un puesto principalísimo en la gran empresa de extender del uno al otro confín de la tierra el reino de Cristo.

Y este es el milagro que en su fe le pide al Señor la Juventud de Acción Católica de España: unir primero a todas las cristiandades hispánicas y después a todas las de la tierra en la reinstauración y dilatación del reino de Cristo mediante la vanguardia de cristiandad, guía y ejemplo del mundo que ella quiere edificar sobre la oración, el sacrificio y el esfuerzo de sus miembros.

AL SERVICIO DE LA EMPRESA DEL VERBO

Hora es que los católicos de todos los países sientan la atracción de la gran empresa que trajo al Verbo de Dios a la tierra. Sentido de empresa universal, con su religión, sus dogmas y su mística, ha dado el comunismo a su lucha. Es la “Redención del Proletariado” lo que proponen a sus huestes; redención de la miseria que padecen la inmensa mayoría de los trabajadores. Ese es el bien colectivo que alzan sobre el pavés. Bien utópico, porque la mayor miseria del hombre es el dolor, y de ésa sólo redime Cristo; pero, pese a su utopía, y tal vez por ella, ha integrado en sus falanges millones y millones de seres que están dispuestos a sacrificarlo todo con tal de que advenga para los supervivientes ese paraíso de la tierra que les predicaban sus profetas.

Pero nosotros no queremos sólo la redención parcial del hombre; no nos basta que a los proletarios se les dé un poco más de jornal; queremos la redención total del hombre, que se les dé el amor de Dios, hecho manifiesto en su Cristo y todos aquellos bienes que el amor de Dios creó no para monopolio de unos pocos, sino para que a todos los hombres sirvieran para mantener su vida y levantar su corazón a Dios, Padre de todos.

Este sentido de empresa universal tuvo nuestra Cruzada para nuestros 7.000 mártires; amaban su vida, pero la ofrendaron con gozo para que su Patria volviera a su puesto de vanguardia en la gran empresa de la instauración del reino de Dios sobre la tierra; y este sentido de empresa universal tienen también las vocaciones que florecieron en la Juventud de Acción Católica. Estampado

¹⁴ “Signo” num. 301; 20 de octubre de 1945.

quedó, y por mi mano, en el “Compromiso del peregrino”: “Durante la Cruzada vimos que la misericordia del Señor, con una clara y viril vocación al heroísmo y al martirio nos abría camino para hacer de España vanguardia de cristiandad. No nos importa si se aprendió o no la lección; nos basta saber que ésa era la voluntad de Dios y que el camino está abierto”.

Si es hora, como arriba dijimos, de que los católicos de todos los países sientan la atracción de la gran empresa que trajo al Verbo a la tierra, más lo es de que la sientan los de España y, sobre todo, vosotros, jóvenes de la Acción Católica. Si las fuerzas del mal tratan de conjugar a los extraños contra España, no es por éste o aquel hombre, por el uno o el otro matiz de la política española; es porque sienten que el Espíritu ha puesto en la entraña más honda del ser español la decisión inquebrantable de ser fiel a la ley de Dios, para que España torne a ser novia de Cristo y vuelva a predicar las excelencias de su Amado en todas las latitudes de la tierra.

LAS ENCICLICAS PONTIFICIAS

Y no basta conocer la empresa en abstracto. Ya hemos voceado bastante que queremos, movidos por la gracia, hacer de España y lo hispánico vanguardia de cristiandad. Ahora es menester que mostremos a las gentes los planos de esa cristiandad, a cuya edificación hemos adscrito nuestras vidas. ¿Y cuáles han de ser esos planos sino los que a todos los hombres propone la Iglesia de Cristo? España nunca aspiró a ser tercera Roma, como Moscú, sino servidora de ella, poniendo él ser de todos sus hijos al servicio de la fe, de la que es maestro el Vicario de Cristo.

PLANO DE LA “CIVITAS DEI”

Las encíclicas de los Pontífices, he ahí los planos de la cristiandad futura. Que la cristiandad es fruto de un vivir del Espíritu de Dios en nuestro interior y dos encíclicas, la “Mens nostra” y la “Charitate Christi compulsis”, nos enseñan que la vida de Dios en el alma se descubre y estima y saborea en el “beato retiro de los Ejercicios” y se acrece por la oración y la penitencia, mediante las cuales descubre que Dios, Supremo Bien, nos ha amado hasta hacernos partícipes de su Naturaleza. Mas esa vida divina no quiso el Señor comunicarla directamente a cada uno de los hombres, sino que primero Dios la comunicó a su Hijo, y en su Hijo, y por su Hijo, en el Verbo Encarnado; en Jesucristo quiso comunicársela a todos los hombres haciéndoles hijos en Él por el ministerio de Pedro y de los Apóstoles y de sus sucesores el Papa y los obispos, auxiliados por ambos cleros secular y regular. Y en la “Mystici Corporis Christi”, la “Satis cognitum” y la “Ad catholici sacerdotii”, Pío XII, León XIII y Pío XI han mostrado a los hombres ese admirable milagro de amor, por el cual Dios comunica su vida a los hombres hasta hacerlo un cuerpo místico con su Hijo, instituye una prolongación del pontificado y sacerdocio eterno de su Cristo para que los hombres sean alimentados en su Iglesia con el manjar de la Verdad, del Amor y de la Gracia.

LA FAMILIA Y LA EDUCACION

Mas la vida sobrenatural requiere a la natural como soporte; es el hombre, caído por el pecado de origen, el que ha sido redimido por Cristo; y ese hombre nace en el seno de una institución humana que el Señor ha santificado y

fortalecido con la gracia de un sacramento, el matrimonio cristiano, base y fundamento de la familia y del hogar, que son, a su vez la célula primaria de la “Civitas Dei”. Y en “Arcanum Divinae Sapientiae”, de León XIII, y en la “Casti Connubi”, de Pío XI, están los trazos luminosos de la doctrina perenne de la Iglesia sobre la piedra sillar de la cristiandad.

Mas del seno de esa familia, de la unión de esos padres, a quienes hizo el Señor cooperadores de su obra creadora, han surgido otras vidas. Débiles aún, que por eso necesitan del calor familiar para arraigarse y de una serie de instituciones circunfamiliares que auxilien a los padres, en la consecución del fin primario del santo matrimonio, que es la procreación y educación de la prole. Y la “Divini illius Magistri”, de Pío, define y delimita el fin y los deberes y derechos de la Iglesia, la familia y el Estado en la educación de esos hijos, que por su bautismo son ya conciudadanos de los santos y herederos de las bendiciones del Cielo.

EL TRABAJO

Mas la ley expiatoria del paraíso: “Comerás el pan con el sudor de tu frente” pesa sobre la Humanidad. La familia necesita de medios para cumplir sus fines no sólo la procreación, sino la educación y perfección de la prole y de todos los miembros que la constituyen. Y Dios ha dotado al hombre de un caudal de energías, mediante cuyo empleo pueda subvenir a sus necesidades. De su trabajo, que es medio, debe sacar el hombre lo necesario para vivir y perfeccionarse, Y la “Rerum Novarum”, la “Quadragesimo anno”, la “Divini Redemptoris” y el discurso de Su Santidad Pío XII en el cincuentenario de la “Rerum Novarum” proyectan luz vivísima y santificadora sobre todas estas relaciones de trabajo que fluyen del fin impuesto por Dios al hombre y a la familia. Concepto del salario y amor del patrimonio familiar, espacio vital para la familia, que dijo Pío XII, necesario si el hombre ha de perfeccionarse, ya que para la inmensa mayoría de los mortales ha dispuesto el Señor que sea la vida de familia la escuela de perfección. Pero también accionarado obrero y participación de los obreros en la dirección de las empresas, que también perfeccionan los vínculos de solidaridad de empresa cuando no miran al logro de la propia apetencia, sino al del bien común, del que depende la suerte de tantas empresas.

EL ESTADO Y LA COMUNIDAD INTERNACIONAL

Y, por último, ese conjunto de familias y de relaciones culturales, de trabajo y de comercio que entre ellas se crean, ha querido el Señor que moraran en un determinado territorio con unas determinadas características geográficas, de cuya conjugación espíritu y materia, tiempo y espacio, surgió una común vocación en la Historia. Esta comunidad nación está regida por un instrumento que la encamine a su fin, que es el Estado, que también ha de constituirse cristianamente, porque todos los elementos que lo integran están ungidos por ese espíritu. La “Diuturnum”, la “Inmortale Dei”, la “Libertas”, del gran Pontífice León XIII; los Mensajes de Navidad de Pío XII de los años 43, 44 y 45, proyectan una luz vivísima sobre el origen, naturaleza y ejercicio del Poder, cuyos titulares han de estar al servicio de los gobernados.

Mas los grandes males que padece la Humanidad provienen inmediatamente de la ruptura del espíritu de solidaridad y caridad humana, mal gravísimo denunciado por Su Santidad Pío XII en la “Summi Pontificatus”. No son

los pueblos ni las razas totalmente independientes los unos de los otros; de la limitación de unos y otros nace la interdependencia a que quiso el Señor someterlos a fin de darles ocasión de practicar el gran mandamiento de la caridad con el prójimo. En la “Summi Pontificatus” ya citada y en los numerosos discursos del Pontífice felizmente reinante están perfectamente dibujados los grandes trazos de la futura “Civitas Dei”, “Communitas universales”, que ha de ligar a naciones y razas en armonía de servicio y amor.

No basta, pues, pregonar el ideal de la futura vanguardia de cristiandad; es preciso que los jóvenes sólidamente instruidos en las verdades de la fe católica, conocedores prácticos de su moral, estudien a fondo las encíclicas de los Pontífices para que, viviendo en lo más hondo de su espíritu la belleza de los planos de la cristiandad futura, encaminen todas sus energías a que esa cristiandad sea un hecho en el espíritu y en las obras de sus hermanos de generación.

LA ACCIÓN CATÓLICA, AYUDA PROVIDENCIAL¹⁵

La cristiandad ejemplo y guía para el mundo profundamente enfermo es la empresa a que llama el Vicario de Cristo. Pero ¿quiénes han de ser sus servidores? En el “Compromiso del peregrino” decimos: “Los jóvenes de Acción Católica ofrecemos dar cima, con la ayuda de Dios, a sus designios sobre España, haciendo de nuestro pueblo vanguardia de cristiandad”.

Mas la empresa, si ha de ser realidad, no ha de ser sólo obra de jóvenes; a ellos otorgó el Señor la gracia de grabarla en su corazón y en sus banderas; pero si ha de ser ecuménico, no puede ser suya: es de Cristo y de su Iglesia. Nosotros pedimos, allá en Roma, ser los primeros en servirla. El compromiso que en vuestro nombre contraí con el Vicario de Cristo lo rubricaron con su sangre 7.000 mártires, y las energías mozas de la Juventud de la Iglesia en España adscritas quedaron a su servicio. La imaginación juvenil fué la primera en intuir la y su corazón el primero en levantarla como ideal que debe de aunarse en comunidad de misión a todas las gentes de las Españas. Mas hace falta que todos los miembros de la Acción Católica la sientan y la amen, para que por los esfuerzos coordinados de las cuatro Ramas lleguen a ser realidad. Porque el glorioso Pontífice de la Acción Católica, Su Santidad Pío XI, llamó a esta institución “ayuda particularmente providencial dada por Dios a su Iglesia en las difíciles circunstancias presentes”.

Ayuda particularmente providencial.

Ayuda y no otra cosa son los seglares que, por la gracia y por la obediencia, se injertan en el tronco de la Jerarquía para que la savia de su pensamiento los vivifique y convierta en “piedras vivas” de la Ciudad de Dios. Lo más grande de la Acción Católica es que por medio del espíritu que ella supone se perfecciona la unidad orgánica de la Iglesia. Es un Pontífice, un Episcopado, un Clero subordinado y un laicato católico trabado y unido como los miembros de un poderoso cuerpo que, con unidad de espíritu y de misión, va a ser el “Homo Dei” que ayude a entrar en la piscina del enviado a esta pobre Humanidad parálitica desde hace sesenta siglos. Es el principio de la realización de los deseos del salmista: “¡Cuán bueno y alegre es el morar en uno los hermanos! Como el unguento bueno sobre la cabeza, que desciende a la barba, a la barba del sacerdote, y desciende al gorjal de la vestidura; como rocío en el Hermón, que desciende sobre los montes de Sión!” Porque, mediante esta “ayuda particularmente providencial”, el unguento bueno de la vida y doctrina de Cristo desciende desde la cabeza, el Vicario de Cristo, a través de todo el cuerpo sacerdotal, hasta el gorjal de la vestidura, hasta los seglares de la Acción Católica y, por su medio, hasta la misma orla de la Humanidad, que redimió el Verbo

¹⁵ “Signo” num. 303; 3 de noviembre de 1945.

hecho carne; porque el buen olor de Cristo, el unguento bueno de los dones y frutos del Espíritu Santo, llegará hasta los últimos rincones del cuerpo social.

¿Qué era menester para levantar la Ciudad de Dios? Un amor de Dios que llegara al propio menosprecio. Y ¿qué era preciso para que ese amor se infundiera hasta las últimas células del cuerpo social? Completar el sistema circulatorio del Cuerpo Místico de Cristo. Esta misión es la que Su Santidad Pío XII asignaba a los seglares integrados y organizados en la Acción Católica: “Manos, brazos, bocas, corazones y voluntades que multiplican la acción de los Obispos, la acción del sacerdote”, los llamaba el Pontífice. Por ellos fluye la caridad de Dios a todos los ambientes en que viven, difundiendo en ellos la verdad de una conducta ejemplar; pero también a su través sube hasta la Iglesia docente la realidad más honda e íntima de las llagas del cuerpo de los fieles.

Merced a la providencial concepción de la Acción Católica, pueden también aplicarse a la Iglesia aquellas palabras del Cantar de los Cantares: “¿quién es ésta que se levanta como la aurora que nace, hermosa como la luna, escogida como el sol, terrible como un ejército compuesto en orden de combate?”

No importan las imperfecciones que en su realización actual pueda tener la Acción Católica. Para lo que supone este movimiento espiritual, tal vez el más hondo y profundo que ha habido en la Iglesia desde los tiempos apostólicos, veinte, cincuenta años no son nada. A la Acción Católica puede considerársela como recién nacida; pero si, aun en su infancia, ha producido los frutos de santificación que ya pueden constatarse en todas las naciones, ¿qué frutos no dará en ese mañana, del que es luz de aurora, en que llegue a su madurez?

La palabra del Señor ha de cumplirse: “Uno es el que siembra y otro es el que recoge el fruto, para que se gocen tanto el que siembra como el que siega”. Los jóvenes de esta generación han de convencerse de que, por muy jóvenes que sean, no les será dado ver el fruto de sus trabajos. Dado el terrible paganismo en que ha recaído la Humanidad, su recristianización tardará lustros y lustros, un siglo o siglo y medio quizá, y a nuestra generación le toca poner los cimientos de las instituciones que la Iglesia ha concebido para resolver los terribles problemas que le han planteado a la Humanidad siglo y medio de laicismo. Pero los cimientos han de ser de catedral, que es lo que la Iglesia concibe, y no de capillitas.

Estamos, pues, en los momentos de cimentación de la Acción Católica, “ayuda particularmente providencial dada por Dios a su Iglesia”. Conviene, sí, de cuando en cuando ejercitar la virtud de la esperanza y contemplar en nuestra imaginación lo que será la Iglesia en el futuro; pero después de trabajar a la perfección en lo que la cimentación del magno edificio requiere. A nadie excluye la Acción Católica en el pensamiento de la Iglesia. A nadie debe de excluir, por tanto, en el de los actuales miembros de la Acción Católica. Toda la inmensa floración de obras e institutos que de diversos modos procuran la gloria de Dios son fruto del Espíritu Santo y son amadas por Dios, y el precepto de Cristo “amaos los unos a los otros como yo os he amado” se refiere no sólo a los individuos, sino también a todas las obras que la caridad y el celo hicieron surgir para extender la alabanza de Dios entre los hombres. Por eso la Acción Católica, que es la organización oficial de la Iglesia, cobija en su amor y coordina en su actividad a todas las obras católicas de seglares que de una u otra forma promueven el advenimiento del reino de Cristo.

Con espíritu de caridad ardiente, que lo es a un tiempo de celo infatigable, deben los jóvenes de Acción Católica, que pidieron puesto de vanguardia en la gran empresa de Cristo que a la universalidad de los fieles propuso el Papa Pío

XI, dedicarse a perfeccionar su propia organización. Entendiendo bien que lo que las hace avanzar en perfección no son los minúsculos detalles de perfección burocrática y organizativa, sino la caridad que anime a sus miembros. La caridad ansía comunicarse y difundirse, y así como puede decirse que fué el amor de Dios el que actuó sobre su sabiduría y omnipotencia para crear seres a los que poderse comunicar, así también es la caridad la que actúa sobre la inteligencia y la voluntad del hombre para encontrar el medio mejor de comunicarse; pero el, cauce de organización sin caridad no engendra más que obra meramente humana, sobre la cual, como sobre la higuera del Evangelio, con mucha hoja, pero sin fruto, viene a caer la maldición del Señor.

Perfeccionamiento de la propia organización, pero cooperando con la oración, el sacrificio y el trabajo a la perfección de las otras Ramas y aun de todas las obras auxiliares, porque, ya lo decimos al principio, la empresa es de Cristo y de su Iglesia, y necesita de las energías de todos los fieles para realizarse.

ARMAS DEL PEREGRINO¹⁶

Por la gracia del Señor nos hemos enrolado en una empresa gigante; al recibir la insignia y jurar nuestra bandera, prometimos ser peregrinos de un camino eterno de santidad. En Compostela, el arca marmórea que guarda las cenizas del Apóstol aguarda la llegada de los 100.000 peregrinos. Y el dolor y la angustia inmensa de los hombres de los cinco continentes clama por que pronto sea un hecho la vanguardia de cristiandad.

Ya hicimos elección. Durante la Cruzada, ante el Pilar de Zaragoza, en Santiago, en el año del 43, lanzamos el pregón por el cual comprometidos quedamos ante los hombres, los ángeles y ante Dios. Triunfo o fracaso es lo que nos aguarda; triunfo o fracaso, no ante el juicio de los hombres, sino ante el juicio de Dios. Hicimos elección; escogimos servir a la empresa de Cristo y de su Iglesia. Pero esta empresa exige el empleo de unos medios que son garantía de triunfo. El “Compromiso de peregrino”, tras de levantar la bandera del ideal que nos arrastra, dice: “Para triunfar: Pediré la gracia para vivir en ella. Oraré para no caer en la tentación. Comulgaré por lo menos el día del Señor, y espiritualmente todos los días. Haré de mi vida un continuo caminar hacia Dios”.

LA GRACIA SANTIFICANTE

Pediré la gracia... ¡He aquí lo que dijo impetuosamente el peregrino cuando entrevió las dificultades de la empresa! Ciertamente es el arma segura de triunfo. Pero se pide lo que se estima y se estima lo que se conoce. ¿Conocen todos los peregrinos las excelencias que encierra en sí la gracia santificante? Y ese conocimiento, ¿es de orden sobrenatural? ¿Estamos convencidos hasta lo más hondo de nuestro ser cristiano de que la gracia es aquel tesoro o aquella perla preciosa de que habla Nuestro Señor en el Evangelio? Porque, si estamos convencidos de que lo es, la pediremos con ansias, estando dispuestos a perder cuanto poseemos por lograr ese tesoro. Mas si esa convicción no está arraigada en el alma, tal vez la pediremos como San Agustín, antes de su conversión, pedía la castidad: “Dame, Señor, la castidad, pero no ahora...”

¿Qué excelencias encierra la gracia santificante? No pretenden estos artículos ser un tratado de todo lo que el “Compromiso de peregrino” enuncia y menciona, sino una ayuda a la que me obliga el título de capitán que me otorgásteis. Estudiad lo que es la gracia, en clases que organicen a este propósito o en las que yá tienen organizadas los Institutos de Cultura Religiosa; pero estudiadla con la cabeza y con el corazón, pasando muchos ratos de rodillas ante el sagrario; si no, caeréis en aquel conocimiento de carne y sangre o meramente intelectual que no da gozo, firmeza y espíritu apostólico.

Con la gracia santificante se relaciona todo lo que el compromiso menciona.

¹⁶ “Signo” núm. 304; 10 de noviembre de 1945.

Ella nos hace miembros del Cuerpo Místico de Cristo; nos une a Cristo cabeza y a su Iglesia; nos dota de hermosura sobrenatural, semejante a la del Hijo de Dios; nos hace hijos de adopción. La gracia es la que nos hace decir: ¡Padre!, la que nos lleva a la oración y en ella nos da luz y oído para contemplar al Señor y oír y entender su divina palabra; Ella es la que nos viste de traje nupcial para poder participar del divino convite de las bodas del Hijo del Rey con la naturaleza humana en Jesucristo. La que nos hace templos del Espíritu Santo y de toda la Trinidad Santísima y nos hace estar en sociedad con el Padre y el Hijo y el Espíritu Santo. La gracia nos hace, en fin, partícipes de la divina naturaleza, y si por medio de la luz que ella nos infunde conociéramos la excelsitud infinita de esa naturaleza divina, también nosotros diríamos: ¿Quién como Dios?

Precisamente a exaltar esas magnificencias de la divina gracia en la conciencia de los jóvenes peregrinos se encaminaba el juramento mariano, pues quien obró todas las maravillas en María fué la gracia de la que fué llena desde el primer instante de su Concepción Inmaculada. La gracia la hizo invulnerable al poder del demonio y triunfar de él por medio de su divino Hijo.

Importa, pues, que nos penetremos bien de que la gracia es lo único que nos hará romper el cerco que el materialismo tiene puesto a las almas y triunfar en el empeño de edificar la vanguardia de Cristiandad. Así el arranque generoso del alma del peregrino se hará plenamente consciente y pedirá con único y supremo bien que merece todos los sacrificios la gracia santificante.

LA ORACIÓN

Cuando se camina en tinieblas es muy fácil caer. Por eso el peregrino, consciente de su debilidad y de la magnitud de la empresa que guía sus pasos, dice: “Oraré para no caer en la tentación”. En la tentación del desaliento, que hace volver la vista atrás y soltar la mano del arado; en la tentación de la soberbia, que le hace despreciar el camino que le abrieron sus antecesores, y el consejo y la ayuda de cuantos pueden disminuir su pequeñez; en la tentación de avanzar sólo por exterioridades organizativas, espectaculares y aparatosas, con olvido del caminar interior de penitencia, iluminación, caridad ardiente, celo inextinguible, fe intrépida y pastoreo angélico; en la tentación de dejarse arrastrar por la corriente de los criterios de mundo contrarios a los del peregrino; en la tentación, en fin, de no amar sólo a Dios por sí mismo y a todas las otras cosas por Dios y en tanto en cuanto nos ayudan a abrazarnos con Él por la caridad.

Oraré para no caer en la tentación. Y es que la oración es un abrir los ojos del alma a la Luz del amor de Dios. No es que la Luz se encienda cuando nosotros oramos. “Ipse prior dilexit nos”, dice San Juan, y es verdad: Él nos amó primero. La Luz del amor de Dios, desde que el mundo fué, la reflejan todas las criaturas, y como los hombres sumidos en las tinieblas de sus pecados no querían ver la Luz, el que es Luz se hizo hombre y, cual nuevo Gedeón, quebró el ánfora preciosa de su Cuerpo para que la Luz del gran día que hizo el Señor inundara la tierra. La Luz del amor de Dios está encendida desde que Dios creó, pero nosotros la vemos cuando por la oración abrimos los ojos del alma a su Luz. Y no somos nosotros quienes abrimos los ojos; es Él con su gracia quien nos invita a ir a la oración y abrir los ojos. Y ¿para qué quiere que oremos, que abramos los ojos a su Luz? Para que conozcamos su infinita amabilidad y se haga en nosotros su amor. Amor que Él mismo nos da para que podamos amarle al estilo de Dios.

COMULGARE POR LO MENOS EL DIA DEL SEÑOR, y ESPIRITUALMENTE TODOS LOS DIAS

¿Cuál es el deseo del Amor, sino unirse al Amado? Por eso Jesús, que quiso darnos su propio amor para que le amáramos, quiso quedarse en el altar, a fin de poder saciar el mutuo deseo de su Amor y del nuestro. “Con deseo he deseado comer con vosotros antes de padecer”, dice el Señor en San Lucas, y en San Juan: “Como hubiese amado a los suyos que estaban en el mundo, los amó hasta el fin”. Deseo amoroso e impaciente del Señor, desde la celdilla del sagrario sigue repitiendo las mismas palabras: “Desiderio desideravi...”, porque Él se quedó por todas las almas, hambriento de que todas fueran a nutrirse de Él, y..., sin embargo, cuántas se excusan de acudir al banquete de bodas del Hijo del Rey ...

Al menos, el peregrino, si de verdad ha orado, irá lleno de amor. Pero no irá solo: llevará en su alma a todos los que no le comulgan y los que no le comulgarán jamás, porque aún no saben que nació en pañales de infante una vez y en pañales de Eucaristía cuatrocientas mil veces cada día. Irá así, trocado en verdadero peregrino de vanguardia de cristiandad, llevando en su corazón a todos los que Él amó para pedirle en su nombre, en nombre del Cristo colectivo, de todos los que él redimió, la gracia que necesita para que su pobre vida se trueque en brazo de cruz redentora. Y entonces saboreará el divino dulzor de sus Llagas, que el Cristo que se nos da en el altar es el mismo que por nosotros se entregó a la Cruz, y entenderá que el Cristo muerto, llagado y roto del Calvario, sin palabras, habla por los labios de sus innumerables heridas de que Él, Hijo de Dios vivo, nos amó hasta la muerte y muerte de cruz.

LA VIDA TODA EN EL CORAZON DEL AMADO

Iluminada su alma por la oración y hecha brasa de caridad por ese comulgar todos los días al Señor sacramental o espiritualmente, ¡qué fácilmente logrará el peregrino hacer de su vida un continuo caminar hacia Dios! Porque si el don de la fe nos trae a Cristo al alma, nos lo hace presente y cognoscible, su amabilidad infinita nos arrebata en amor y la caridad nos hace morar en el pecho del Amado. Y entonces todo nuestro vivir se va transportando al Corazón de Cristo; en el Corazón del Hijo aprendemos el amor del Padre y las dulzuras inefables del Espíritu de Amor, que a entrambos ata y enlaza, y en esas suavidades y dulzuras el amor que el Padre tiene en su Hijo a todos los hombres, y ese amor de Dios aprendido, captado por nuestras almas, es el que nos hará apóstoles, pues, de una parte, como infinito, excede tan infinitamente a las posibilidades del alma para agradecerlo, que sólo una cosa quiere, desea y busca: que ese amor de Dios que se ha hecho patente en su Cristo sea conocido por todos los hombres de todos los pueblos y todos los tiempos para que así se hagan uno con la alabanza de nuestra propia alma y pueda ésta ir saciando la sed que la gracia encendió de la perfecta alabanza del Altísimo, y de otra, cómo el alma en la noticia y alabanza del Amor divino encuentra su gozo y su paz, llena de misericordia sus entrañas y quiere a todo trance hacer partícipes a los amados de Jesús de esa paz y ese gozo que ella vive en el Corazón de su Amado.

ESTARÉ UNIDO A JESUCRISTO¹⁷

El alma del peregrino, mediante su vida de oración y de sacramentos, ha comenzado a percibir que Cristo es el Rey vencedor. Sus palabras “Confíad, que Yo vencí al mundo” empiezan a tener profundas resonancias en su alma: Cristo es el León de Judá y el Cordero de Dios: León, para defender a los suyos; Cordero, para conllevárselos; Cristo es el Divino Cirineo que cargó sobre sí la cruz del dolor de todos los hombres para convertirla en fuente de las más puras e inefables alegrías; Cristo es el Amigo fiel que se solidarizó con la muerte de su amado para hacerle partícipe de su vida; Cristo es el Esposo que halló el alma desnuda de virtudes y llena de confusión por sus pecados y la cubrió con su manto, la limpió de sus inmundicias y la hizo juramentos y se desposó con ella. Y el alma, convencida a fuerza de besos de eucaristía de que su amor infinito es la única garantía de triunfo, profesa el propósito que en ella suscita la gracia: “Estaré unido a Jesucristo”.

EL NOS AMÓ PRIMERO

Unido a Jesucristo. ¿Cómo? Ciertamente, Él nos amó primero. Si no nos hubiera amado primero, no nos hubiera sacado del no ser, en unión con el Padre y el Espíritu Santo, dándonos como fin la alabanza de la gloria de su gracia; si no nos hubiera amado primero, no nos hubiera creado inteligentes para que a través de todas sus obras descubriéramos el amor infinito que nos tuvo y le llevó a darnos el ser; si no nos hubiera amado primero, no nos hubiera dejado, como rico presente de su amor, toda la creación ni se nos hubiera entregado a sí mismo como don de amor en su Hijo, y cuando su Hijo subió a los cielos, en el Espíritu Santo; ni nos hubiera entregado por Madre a la suya ni hubiera instituido su Iglesia, que nos llevó, por mano de sus ministros, el agua de su bautismo hasta nuestra cuna; ni hubiera suscitado, por medio de su Vicario Pío XI, la Acción Católica, que nos huscó y acogió en su regazo para acercarnos al Corazón de Dios; ni sentiríamos en lo hondo del alma el ansia de peregrinar, de ir, con la ayuda de María, por Jesucristo al Padre, a impulsos del divino Espíritu, abriendo camino a los hermanos; ni, finalmente, alentara en nosotros esa fuerza que nos hace ir a la oración, a recibirle sacramentado, a visitarle y remediarle en los que sufren, y que nos hace decir: “Estaré unido a Jesucristo”.

POR EL CONOCIMIENTO E IMITACION DE SU VIDA

Unido a Jesucristo por el conocimiento del amor que en Él se nos declara y manifiesta. El alma ha sido hecha por el amor y para el amor y Cristo es el Amor. La voluntad se mantendrá apegada a Cristo, si la inteligencia, sobrenaturalizada por la fe, lo manifiesta como Bien supremo; y para que la inteligencia lo

¹⁷ “Signo” núm. 305; 17 de noviembre de 1945.

manifieste forzoso es que se deje llevar por la acción del Espíritu a conocer al Señor. Y entonces el alma convertida, vuelta del todo a Cristo dirá con el beato Lulio: “Me robó la voluntad, le entregué mi entendimiento y sólo me queda la memoria para tener siempre presente al Amado”. Pues Él, que nos amó primero, nos robó la voluntad, haciéndonos saborear las delicias de su amor, y ya el entendimiento no puede saciarse en su sed de verdad con los bienes caducos; por todas partes busca al Esposo o, al menos, las huellas de su paso; las bellezas finitas las descubre como lentejuelas y piedras que adornan el manto del Esposo; todo le habla de la belleza increada del Amado, y todas esas huellas las va almacenando en la memoria, que poco a poco le pinta un Jesucristo que ella no sabe ya declarar y definir sino con una sola palabra: es el Amor.

Conocimiento de Cristo, Hijo de Dios vivo, es lo que une al alma con Él y le da la Vida que Cristo quiere participarle. Las palabras del Señor lo declaran: “La vida eterna consiste en conocer te a Ti sólo, Dios verdadero, y a Jesucristo, a quien Tú enviaste”. Pero para conocer al solo Dios verdadero es menester verle a través de Cristo. “Quien me ve a Mí, ve también al Padre”, dice el Señor a su apóstol Felipe, y luego a Tomás: “Yo soy el Camino, la Verdad y la Vida”. Camino, la Humanidad de Cristo –comenta el Angélico– término y fin, la Verdad y Vida divina que quiere declararse a los hombres a través de la Humanidad de Cristo. De Cristo que es declaración del amor de Dios y medida de su amor sin medida. “Tanto amó Dios al mundo, que no paró hasta darle a su Hijo unigénito para que todo el que crea en Él no perezca, sino que alcance la vida eterna”.

Así se propone el peregrino conocer la vida de Cristo. Como enviado del Amor divino, que quiere alzar de la miseria de su desamor a la Humanidad pecadora para unirla a Sí en su Hijo y hacerla partícipe de su propia vida bienaventurada.

CRISTO EN EL SENO DEL PADRE

Por ello, tomando por guía a San Juan, deberá de ahondar en ese conocimiento, partiendo de las palabras con que comienza su Evangelio: “En el principio era el Verbo, y el Verbo estaba en Dios, y el Verbo era Dios...”

Si el alma no ve en la luz oscura de la fe, de alguna manera, la vida de la Santísima Trinidad, y en Ella al Verbo engendrado, no hecho, Dios verdadero de Dios verdadero, Luz de luz, coeterno y consustancial con el Padre y el Espíritu Santo, no saboreará esa infinita caridad, por la que –dice el apóstol– “fué elegida en Cristo antes de la creación del mundo para ser santa e inmaculada en su presencia por la caridad”. Si no ve aquellas elecciones que la Santísima Trinidad hizo dentro sus posibilidades infinitas para comunicar sus bienes, no tendrá noción de que Dios recapituló en Cristo todas las cosas, y las criaturas que le rodeen no le hablarán del amor de Dios y de su Cristo.

El Verbo participó en todas las elecciones, pero de un modo especial en las que se relacionaban con su Encarnación. Allí, en el seno del Padre, eligió la Humanidad Sacratísima que asumiría en el tiempo, y a la mujer que habría de tomar por Madre, y a la familia de la que sería vástago, y los que habrían de ser su pueblo y a sus futuros apóstoles, obispos, sacerdotes y fieles. Y elegiría también los medios maravillosos por los que Él habría de declarar el amor divino a la Humanidad y a todos y cada uno de los hombres. De tal forma estuvimos en los pensamientos de Dios, que allí, en el seno de la Trinidad Santísima, hay que situar las palabras con que la Iglesia nos introduce en la misa del Sagrado

Corazón: “Los pensamientos de mi Corazón, de generación en generación, han sido librar vuestras almas de la muerte y saciar vuestra hambre”.

SU PREEXISTENCIA EN EL PUEBLO DE ISRAEL

Mas los eternos consejos de la Trinidad comienzan a cumplirse: tras de la caída del hombre viene la promesa del Redentor, y el Verbo comienza a preparar los caminos de su advenimiento en la carne. Pasan los días de Adán, Set, Enós, Cainán, Malalel, Jared, Henoe, Matusalén y Lamec; sobreviene el diluvio; Noé, con su mujer y sus hijos y las mujeres de sus hijos, se salva en el arca, que prefigura a la Iglesia; y en la descendencia de Sem, pasados Artaxad, Cainán, Salé, Heber, Falos, Ragán, Sarus, Nacor y Tare, elige los creyentes y cabeza de su pueblo. Dos mil años han transcurrido desde la promesa del Redentor, y otros dos mil transcurrirán hasta que de la raíz de Jesús brote un tallo y de este tallo una flor, sobre la cual descansa el Espíritu de Dios. Y en toda esta serie de años, la caridad de Dios se va abriendo camino en la carne y el espíritu de Israel. Es toda una serie de personajes de tipo profético los que van delineando una a una las facciones morales del Redentor; todo un linaje el que se forma para nacer y todo un conjunto de preceptos y de ritos los que van apurando y afinando el espíritu de aquel pueblo, a fin de hacer cada día más viva el ansia por el que ha de venir. Y a través de todos estos años y de todas estas generaciones, los pensamientos amorosos del Señor estaban puestos también en nosotros; su gracia y su amor, que nos eligieron desde toda eternidad, se abrían camino en el tiempo para llegar, por su nacimiento en Belén, su vida, su muerte y su resurrección, la fundación de su Iglesia, hasta nuestro pobre ser, redimirle de la esclavitud del pecado y hacerle partícipe de su propia bienaventuranza.

Así, mediante estas piadosas reflexiones, hay que prepararse a conocer la vida de Jesús. Quiso el Señor que la creación, los patriarcas, el pueblo de Israel, con sus profetas, reyes y jueces, fueran heraldos que anunciaron su Advenimiento, y al cristiano, si quisiera ahondar en el conocimiento de su Señor, le conviene contemplar la luz del amor suyo, que El quiso reflejar en las criaturas.

EL ESTUDIO DE JESÚS¹⁸

*“Vi la Ciudad Santa descender del cielo por la mano de Dios
compuesta y engalanada como una novia para el esposo.”
(Apoc., 21, 2)*

El estudio, la actividad cognoscitiva del peregrino no tiene un fin meramente especulativo; sabe que la piedad no es sólo conocer la verdad, sino hacerla en la caridad. El estudio de la persona, vida y doctrina de Jesús no se encamina sólo a saber, sino a hacer, a copiar e imitar esa vida hasta que resplandezca en la carne mortal del peregrino. Por ella, la mirada de su alma debe fijarse en lo que es fuente, raíz y principio de toda la actividad de su Señor: en el misterio de la Encarnación, misterio de la unión personal de la naturaleza divina y de la humana. “Ya antes del principio del mundo –dice Pío XII– el unigénito Hijo de Dios nos abrazó con su eterno e infinito conocimiento y con su amor perpetuo. Y para manifestarnos éste de un modo visible y admirable unió a Sí nuestra naturaleza con unión hipostática...”. Finalidad, pues, de la Encarnación del Verbo es manifestarnos el amor que desde toda eternidad nos tuvo la Trinidad Santísima. De este amor infinito tuvo Jesucristo un conocimiento perfectísimo desde el primer momento de su ser en las entrañas virginales de María. La gracia de la unión hipostática y la personal de Jesús ya suponen un amor infinito hacia aquella Humanidad sacratísima que sin mérito antecedente ha sido sacada del no ser para unirla con unión inefable e indisoluble con la persona del Hijo de Dios. Mas el Verbo no se encarna tan sólo para que la Humanidad asumida por Él conozca el amor de Dios, sino para hacer patente y manifiesto a los hombres el amor que el Padre les tuvo en su Hijo antes que el mundo fuese; Él ha sido escogido para nuevo Adán, para cabeza de la Humanidad redimida, y en su gracia de cabeza conoce perfectísimamente la infinitud del amor que Dios tiene a los hombres.

CRISTO, SACERDOTE, VICTIMA Y APÓSTOL

Mas este conocimiento de la amabilidad infinita de Dios, ¿qué actitud suscita en el alma de Cristo? Una única, de adoración y amor perfectísimo; todo el ser de Jesús se rinde en la alabanza de la gloria de Dios. Un mundo maravilloso de amor inefable se abre ante los ojos de su alma. Un Dios que crea por amor a seres a quienes hace inteligentes para que conozcan y vivan del Amor y a quienes regala, como rico presente de su amor divino, toda una creación visible y la propia vida, a cuya conservación y actividad ocurre con su omnipotencia. El hombre, el ser inteligente creado por el Amor y para el Amor, se aparta de Dios, se apega a lo caduco y perecedero y él mismo se condena a morir; pero el amor de Dios no se declara vencido; amontonará ascuas encendidas de

¹⁸ “Signo” núm. 310; 22 de diciembre de 1945.

caridad sobre la cabeza de su adversario, el hombre caído, y triunfará de su desamor haciéndole partícipe de su propia naturaleza. Ya no basta al amor divino mostrarse en el don de las criaturas; Él mismo en la persona del Verbo se hará don y presente de amor y declarará el amor de Dios a los hombres.

Una sola actitud; adoración y amor perfectísimo, Mas en esta sola actitud se encierra un triple aspecto. Es el sacerdote único, que en el divino incensario de su Corazón Santísimo ofrece al Padre la alabanza y el amor de todas las criaturas; pero Cristo, nuestro abogado para con el Padre, siente una soledad inmensa; los hombres, sus hermanos, no conocen, aman y alaban a Dios, y quiere que los hombres se hagan uno con Él por el amor, a fin de que se unan a su canto de alabanza de la gloria de Dios. Pero como los hombres no aman y el amor infinito que Dios les tiene en su Cristo exige una correspondencia, Cristo, nuestro hermano, amará por todos los hombres: es la actitud de víctima y reparación de Jesús. Mas no basta a su inmenso deseo de que el Padre sea debidamente alabado; Cristo, el Verbo encarnado, se hará declaración de amor en la cruz. Sacerdote, víctima y apóstol es el triple aspecto de la actitud única de adoración y amor de Jesús.

LA VIDA CRISTIANA DEL PEREGRINO

Y si la vida cristiana es una participación en la de Cristo, si es la vida suya la que nace en nosotros por el bautismo y se desarrolla por la oración, los sacramentos y la práctica de las virtudes, toda vida cristiana digna de ese nombre ha de manifestar ese triple aspecto de la única actitud de adoración y de amor. El bautismo nos confiere un carácter sacerdotal remoto, por el cual somos, en frase de San Pedro, “sacerdocio santo para ofrecer víctimas espirituales que sean agradables a Dios por Jesucristo” (1 San Pedro, II); es la acción de gracias continua que debemos tributarle haciendo su voluntad, en la que le ofrendamos las víctimas espirituales de nuestras concupiscencias inmoladas por su amor; mas unido a ese sacerdocio remoto va el amor reparador; son muchos, millones y millones, los que aún ni le conocen ni le aman; y el alma que ya empieza a sentir su pequeñez e incapacidad para amar a Dios en su Cristo cuanto su amabilidad infinita merece, querrá amarle por los que no le aman, y entonces se lanzará intrépida, en alas de su fe y de su amor, a recorrer toda la tierra para recoger todo el amor que hay para Dios en seminarios, noviciados, parroquias, conventos, monasterios, Centros de Acción Católica, cofradías y almas fieles, para ofrecérselo al Padre en el Corazón de su Hijo juntamente con el que hay en los cielos en los santos, en los ángeles y en María Santísima. Precisamente para satisfacer ese ansia de la alabanza y honra de Dios, que Él sabía que en su Espíritu había de poner en las almas de los suyos, quiso Jesús quedarse en la Eucaristía, acción de gracias, a fin de que “el que lo completa todo en todos” completara nuestras acciones de gracias. Mas si de verdad el alma cristiana siente esa sed de que el nombre de Dios sea alabado, toda su vida, con el hacer y el decir, se gastará en tratar de manifestar y hacer patentes a los hombres esas infinitas excelencias y amabilidades de Dios, y entonces es el aspecto apostólico. Apostolado que “in recto” mira a la gloria de Dios, a que sea debidamente alabado, e “in oblicuo”, al gozo y a la paz del hombre, puesto que el Apóstol sabe que “conocerle es vivir y servirle es reinar”.

Así, la vida del peregrino se transformará en una vida de acción de gracias, de reparación y de apostolado si la mirada de su alma contempla toda la vida de

Jesús en esa luz del amor infinito que ponía en apretura su corazón hasta que de amor se le desgarró en la cruz.

Y entonces se le hará claro y comprensible el misterio de la cruz: de esa cruz que sigue siendo escándalo y locura aun para los que se llaman cristianos.

EL MISTERIO DE LA CRUZ

Misterio de la cruz, que es misterio de amor. Si Dios quiso redimirnos del pecado, quiso también redimirnos de su consecuencia: el dolor. ¿Cómo lo logró? Tomando el dolor como lenguaje declarativo de su amor.

Si a la naturaleza humana, caída por el pecado, lo que más le cuesta es sufrir, nada tendrá tanto valor ponderativo del amor de Dios al hombre como el que el Verbo de Dios se haga hombre para abrazarse libre y voluntariamente al dolor y hacerse “varón de dolores”. Por ello dice el Señor: “Quien no coge su cruz y me sigue no podrá ser mi discípulo”. Porque el discípulo, para aprender de su Maestro, tiene que convivir con Él y hablar y dominar su mismo lenguaje. Y así como no basta para asistir a una cátedra explicada en idioma extranjero ir provisto de diccionario y haber cursado aquel idioma en el país natal, sino que es preciso, para penetrar toda la fuerza del idioma, haber morado una larga temporada en el país donde se habla, así también, para ser alumno aventajado de la cátedra del amor divino, que vino a enseñarnos Cristo, no basta con un aprendizaje teórico del lenguaje de la cruz; es preciso vivir en ella. Por ello dice Jesús “que coja su cruz” y “que me siga”; porque nuestras cruces, por grandes que sean, no son sino astillitas de la suya; pero hay que seguirle, como el amante a su amado, y pensar: “Si esta astillita de cruz me duele tanto..., ¿qué no le dolería a Jesús la cruz suya, en la que iba el dolor mío y el de todos los hombres que son, han sido y han de ser! Y Él escogió sufrir esto mío y lo de todos los hombres y muchos más, que nunca podré comprender, para declararme su amor... Y el alma, cuando le agobie el dolor, en vez de decir: ¡Señor, cuánto me duele!, dirá: ¡Señor, cuánto me amas! Y así – como el Apóstol – sobreabundará en gozo en medio de sus tribulaciones.

POR LA OBEDIENCIA AL PAPA, AL OBISPO Y AL PÁRROCO¹⁹

“Como los ojos de los siervos están puestos en las manos de sus amos, como los ojos de la esclava están fijos en las manos de su señora, así nuestros ojos están clavados en el Señor Dios nuestro hasta que se apiade de nosotros.”

(Ps. CXXII, 2, 8.)

Es ley del amor morar en el Amado y gozarse del gozo suyo. En el alma de los peregrinos ha comenzado a prender el fuego de caridad que Cristo vino a poner a la tierra; ya nada desean tanto como estar unidos a Jesús. Por la fe empieza a morar Cristo en sus corazones, por la caridad ellos se acogen y descansan en el corazón de su Señor. Mas la vida nueva tiene unos gustos y apetencias nuevos; ya no es contentar a su hombre viejo lo que satisface al alma, sino agradar y contentar a Jesús, que murió de amor por amarla. Como la esposa de los cantares va por setos y espesuras buscando al Amado para declararle con obras sus amores y oye unas divinas palabras: “He aquí que Yo estaré con vosotros hasta el fin de los siglos”. “Y esto, ¿a quién se lo ha dicho? Porque si estamos con aquellos a quien tal cosa se dijo, estamos seguros de estar con Él –preguntaba en 1929 S. S. Pío XI a los católicos de Malta, y él mismo dió la respuesta–: Lo ha dicho a los Apóstoles y a Pedro, o lo que es lo mismo, a los Obispos y al Papa, que son los sucesores de los Apóstoles y de Pedro. He aquí dónde está Cristo, he aquí su promesa solemne. A Pedro, el pastor de los corderos y de las ovejas, de los hijos y de las madres, de los Apóstoles y de los fieles, ha dicho: “Tú eres Pedro y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia...” He aquí el hilo conductor para encontrar a Jesús: estar con los Obispos y con el Papa. Esto es, estar con Pedro, con la Iglesia, con Jesucristo. Una cosa sencillísima y magnificentísima”.

Por esto el joven peregrino proclama:

Estaré unido a Jesucristo por la obediencia al Papa, a mi Obispo y a mi párroco. Obediencia que nace de amar, y amor que se engendra por el conocimiento en luz de fe de quién es el Papa, el Obispo y el párroco. Jesucristo perpetuado en la jerarquía de su Iglesia.

POR LA OBEDIENCIA AL PAPA

No basta gritar: ¡Viva el Papa, rey! cuando se visita a Roma ni asistir al tedéum del Día del Papa, ni decir que se acatan las decisiones del Papa cuando define ex-cathedra, no; hay que estar con el Papa, en comunión con él, si se quiere estar con Jesucristo. Y estar en comunión con el Papa no se refiere sólo a la

¹⁹ “Signo” núm. 313; 12 de enero de 1946.

inteligencia; el Papa es doctor universal de la Iglesia, pero también es Pontífice y Pastor. La comunión con él se iniciará por la mente, pero de la verdad en la inteligencia nace el amor en el corazón y la obediencia libre activa y amorosa en las obras. Y la primera verdad que hay que penetrar hincado de rodillas junto al sagrario es que el Papa es el Vicario de Jesucristo, en quien se perpetúa San Pedro, a quien el Señor traspasó su amor y sus poderes. Y es la primera verdad, porque de ella nacerá en las ovejas el santo afán de oír y seguir la voz del Pastor. ¡Cuántas directrices pontificias, cuántos angustiosos llamamientos desconocidos no ya por los fieles, sino hasta por los mismos jóvenes de Acción Católica! ¿Y qué se propone el Papa cuando da alguna de sus luminosas directrices? ¿Acaso es su propio bien o el de los fieles? Este y el de todos los hombres que han de ser incorporados al vivir bienaventurado de Cristo, por medio de la Iglesia, es lo que se propone. ¡Qué menguado espíritu el del cristiano que no ve en cada palabra del Papa una manifestación del amor de Jesucristo! Sí, hay que leer y meditar la palabra del Papa; pero antes de comenzar su lectura hay que ponderar en el propio corazón lo que supone y vale. Hay que remontarse al “Tu es Petrus”, de Cesarea de Filipos, y al “diligis me plus his”, del lago de Genesareth: entonces Cristo, Obispo y Pastor de nuestras almas, pensando en nuestras necesidades, instituyó el Primado en Pedro, de quien S. S. Pío XII es el 243 sucesor. Cristo sabía que habríamos de necesitar una columna y fundamento de verdad e instituyó el Primado y con su Divina Omnipotencia lo conservó hasta nuestros días, “los pensamientos de su corazón –como dice el introito– de generación en generación fueron librar nuestras almas de la muerte y saciar nuestra hambre”. Y al par que instituyó y conservó el Primado, escogió desde el vientre de su Madre a quien había de ejercerlo en nuestros días, y lo preparó y santificó a lo largo de los sesenta y cinco años de vida que alcanzaba cuando subió a la cátedra de Pedro; y luego ese Pontífice, siervo de los siervos de Dios, celoso del bien de sus ovejas, tras de largas horas de oración, de meditación y de consulta a los sabios y virtuosos varones de su corte, alzó Su voz augusta para ofrecer a los fieles el pasto de verdad que precisaban.

¡Cuántas y cuántas voluntades libres conjugó la gracia y el amor del Señor para que llegara hasta nuestras almas de labios de su Vicario la palabra de redención y de vida! Mas ¿cómo se acoge esta palabra? La inmensa mayoría de los que se titulan católicos no la oyen; pocos, muy pocos, son los que la escuchan además de oírla, y entre éstos, ¿cuántos la estiman como palabra príncipe, como palabra salvadora y luminosa? Tengamos al menos la virtud de la franqueza que S. S. Pío XII atribuyó a los hispanos en su mensaje de la Victoria a nuestra Patria y reconozcamos que hasta ahora no hemos oído y seguido la palabra del Papa como quien oye a Jesucristo.

POR LA OBEDIENCIA A MI OBISPO

Si sólo al Papa hubiera legado Jesucristo la potestad vicaria, ya tendrían sus fieles un motivo inmenso de gratitud hacia el Señor, que no quiso dejarlos sin Pastor en esta peregrinación por el destierro; mas al beneficio del Primado que ejerce el Obispo de Roma sobre las ovejas y sobre los pastores, añadió el de instituir un Colegio apostólico o episcopal a fin de quedarse entre sus fieles en sus vicarios de cada una de las diócesis de la tierra, pues si el papa es el Vicario de Cristo en la Iglesia Universal, el Obispo lo es en la Diocesana, es el dulce Cristo en la tierra de la diócesis, que vive para sus fieles, a quien apacienta en la

Verdad con su palabra de doctor, nutre en la santidad con los sacramentos y sostiene en su libertad de hijos de Dios con el ejercicio de su potestad de régimen.

Estar con los Obispos –decía Pío XI– quiere decir reconocer su autoridad, su dignidad, la misión apostólica de cada uno, localizada en su diócesis; es reconocer en ellos a los mensajeros de Cristo, a quienes se ha dicho: “Id, enseñad”; quiere decir obedecerles, reconocer no sólo teórica, sino prácticamente, su autoridad y sus mandatos, y secundar generosamente su solicitud pastoral por las almas, de las cuales deben dar cuenta a Dios. Es preciso atenerse a este divino pensamiento: “Cuando se mira al Obispo hay que pensar en Jesucristo”. Y así el peregrino, que camina hacia Dios sin descanso, que quiere llegar por Jesucristo al Padre, a impulsos del Divino Espíritu, que nada anhela tanto como hacer más y más fuerte su unión de amor con el Señor, dice: “Estaré unido a Jesucristo por la obediencia al Papa y a mi Obispo. Pues saben que haciéndose una sola voluntad con su Prelado es como agrada al Señor. “He aquí el resumen de todo –decía Pío XI–: Con los obispos y con el Papa, en la Iglesia de Cristo”. Este es el camino real por el que se avanza en medio de la luz, en dirección a la vida; fuera de él, no hay más que perdición y ruina.

POR LA OBEDIENCIA AL PÁRROCO

El párroco, ciertamente, no es de institución divina, sino eclesiástica; pero a él le ha conferido el Obispo la cura de las almas de una porción de su grey: de ellas tiene también que dar cuenta a Jesucristo. El párroco no se pertenece a sí mismo, sino a sus feligreses; el Obispo le ha llamado en su ayuda, ha delegado en él parte de su jurisdicción, a fin de que, concordes los esfuerzos de todos los párrocos con los del Obispo, se dilate más y más la vida de Cristo en toda la diócesana grey, y no se puede estar con el Obispo sin estar con el párroco, pues no se está con el Obispo si no se quiere lo que el Obispo quiere, y el Obispo ha querido que un sacerdote, el párroco, sea el que cure nuestras almas.

Así como en el Papa y por el Papa hay que sentirse unido a todos los miembros de la Iglesia universal y aun a aquellos que harán cierta su redención por el ministerio de los misioneros, y en el Obispo y por el Obispo afirmamos y vivimos nuestra comunión con todos los fieles de la diócesis, así también en el párroco y por el párroco deberíamos de vivir la comunión con todos los cofeligreses. Mientras no se restaure el espíritu de comunidad parroquial, mientras no nos sintamos miembros de una misma familia todos los que por el ministerio del párroco hemos sido engendrados para la vida de Cristo en la misma pila bautismal, no tendrán remedio los males que aquejan a la sociedad. Si los que recibieron la vida en el mismo baptisterio y la alimentan en el mismo comulgatorio no se sienten hermanos y no procuran ayudarse mutuamente en sus momentos de aflicción y de desgracia, inútil será el empeño de rehacer la Cristiandad, pues así como la familia es la primera célula de la vida social, así la parroquia lo es de la vida cristiana.

Por esto, porque nos hemos alistado bajo las banderas de la Juventud de Acción Católica para rehacer la Cristiandad, hemos prometido obedecer al párroco, en quien debemos ver no sólo a la persona individual, sino a la social a todas las almas cuyo cuidado tiene confiado.

Amor a la parroquia, que no excluye otros amores, pues si a la parroquia debe amársela no es por ella misma, sino porque es de Cristo, y en Él debe amarse no sólo al párroco y a los coadjutores y seglares que oran y trabajan por

el bien de las almas de la feligresía, sino también a todas las Órdenes e Institutos religiosos que coadyuvan a la santificación de los fieles. Pues, en definitiva, cuando el peregrino promete amor y obediencia al Papa, al Obispo y al párroco, lo que promete es obediencia y amor a Cristo. Iglesia y preciados florones de su corona real son todas las familias religiosas.

HONRARÉ A LA VIRGEN MARÍA²⁰

Con las obras de un noble vivir es cómo los hijos honran a los padres que les dieron el ser, y la Juventud de Acción Católica de España, el día 31 de agosto de 1940 recibió nuevo ser al formular su juramento mariano en la basílica del Pilar ante el Nuncio de Su Santidad en España.

Nuevo ser y nuevo vivir de fe, pues fuimos a María a pedirle que nos renovara en Cristo por nueva infusión del Espíritu Santo y a prometer con juramento que desde entonces nuestra vida se informaría en la fe de la omnipotencia de la gracia santificante, de la que fué llena desde el primer instante de su Concepción Inmaculada, gracia que nuestra Madre Asunta en cuerpo y alma en los Cielos, nos alcanzaría en virtud de su Mediación universal, a fin de proseguir nuestra peregrinación con decisión y generosidad semejante a la de los mártires y los héroes, hasta que España y todo lo hispánico sean vanguardia de Cristiandad. Desde entonces pesa sobre los peregrinos la obligación de honrar a María con las obras.

CON UN VIVIR PURO, ALEGRE Y APOSTÓLICO

Con un vivir lleno de las ansias y deseos de la gracia santificante. Con un vivir que busca a Dios y a su gloria tras de todas las cosas; con un vivir de peregrinos que es más en el Cielo, nuestra Patria, que en el humano valle de nuestro destierro; con un vivir puro, de la pureza total de la gracia santificante, así ha de ser la vida de los que se proclamen hijos de María, Pues si la Madre es la Purísima, ¿cómo la honrarán los hijos que lleven en su alma al inmundo? Con un vivir puro, amasado con los rayos de la luz de la gracia santificante, que nada empañe el limpio cristal del alma, para que la Vida del que es Luz resplandezca en nuestras obras y glorifique al Padre que está en los Cielos.

ALEGRE

Con un vivir puro y por puro alegre, ¿hay mayor alegría que la de gozar del amor de Dios? Y la pureza del alma es la consecuencia de su místico desposorio con Dios. En toda alma puede realizarse la profecía de Ezequiel (XVI-7-8): "... estabas desnuda y llena de confusión, pasé por ti y te vi, era la época de tus vanidades y profanos amores; eché mi manto sobre ti y cubrí tu ignominia: te hice juramentos, me desposé contigo y serás toda para mí". Es Dios, que nos amó primero, que se compadece de nuestra desnudez de virtudes y confusión por nuestras culpas, que, pese a vernos apegados a los profanos y vanos amores de las criaturas, viene en Jesucristo a cubrir nuestras ignominias con el manto de la contricción y hacernos juramentos de amor para que consintamos en desposarnos con Él y hacernos partícipes de su propia Vida.

²⁰ "Signo" núm. 319; 23 de febrero de 1946.

Cuando el alma cree en su amor, le da el sí solemne y Él se desposa con ella y le comunica sus bienes, su nombre y su Vida, y ya son dos en un solo Espíritu. Y es el Espíritu Suyo, el Espíritu Santo que difunde en su alma el Amor, quien la hace pura y luminosa y santa. Con un vivir puro y por puro alegre, con la santa alegría de los hijos de Dios, con la alegría inefable de los amados de Cristo, que tras del tenue velo de todas las criaturas van descubriendo nuevas pruebas y muestras de amor del Amado.

APOSTÓLICO

Mas también con un vivir apostólico. Porque al alma enamorada de Dios sólo una pena le hiere: la de no poder rendir a su Amado una alabanza infinita como Él se merece. El corazón humano se hace pequeño ante la infinita amabilidad de Dios, y busca otros corazones que se unan al suyo para honrar, bendecir y alabar las Divinas Misericordias. Sólo desea que la infinita bondad de Dios que se manifestó en su Cristo sea conocida de todos los hombres para que sea alabada. Esta santa y bienhechora ambición es el ardiente afán de su alma, y entonces todo su ser, su decir y su obrar se hace manifestador del amor divino; es decir, se hace cristiano y apostólico. Mas esa misma nota esencial de su nuevo vivir de amado de Dios, en su Hijo Jesucristo, la única grande que hay en él y que ha descubierto en la divina luz de la gracia, la descubre en todos los hombres: su Amado murió por todos, a todos les amó con amor infinito y los hizo una sola consigo desposándose con ellos en la Cruz. A los hombres los ve en su única verdad, en la verdad que hace libres: son los amados de Dios, que los sacó del no ser por amor, que los redimió por amor a fin de hacerles partícipes de su propia Vida de Amor por toda la eternidad. Para él, como para el apóstol, “ya no hay judío ni griego, esclavo ni libre, sino que todos son una sola cosa en Cristo”. Y si Cristo, en el deseo de su Amor, los hizo suyos, ya no podrá verlos como pertenecientes a Francia, Rusia, Alemania, Inglaterra, España, Europa, Asia o América, sino como pertenecientes a Cristo; y ya no los amará porque de ellos haya recibido beneficios, sino porque son los amados de Jesús; ni tampoco los amará con su propio amor humano, sino con el amor que bebió, mediante la oración, en el mismo Corazón de su Amado Cristo-Jesús y vivirá en él la caridad no fingida, la que es sufrida y bienhechora, no tiene envidia y no obra precipitada ni temerariamente; que no se ensoberbece, ni es ambiciosa, ni se irrita, ni busca sus intereses, ni piensa mal, ni se huelga en la injusticia; la caridad que se complace en la verdad, que cree todo bien del prójimo, que todo lo espera y lo soporta todo; la misma caridad de Dios “que se difundió en su corazón por el Espíritu Santo que se ha dignado dársele”, y como ama con el amor de Cristo, se llenan sus entrañas de misericordia, ante la infinita miseria que padecen tantísimos millones de hombres que sedientos de amor buscan inútilmente apagar su sed en las criaturas porque no saben que Cristo es el Amor y la única Fuente inagotable en la que todos pueden beber.

Estos dos estímulos serán el motor de su apostolado: mirando a Dios, el ansia insaciable de que sean más y más alabadas sus infinitas excelencias, amabilidades y perfecciones, y mirando al hombre, al amado de Jesús, el misericordioso afán de que participe del inmenso gozo que él vive gustando el Amor con que Dios le ama en su Cristo.

Con un vivir puro, alegre y apostólico; con un vivir que “saborea la inefable suavidad de la gracia santificante, que exulta su corazón al Dios salvador suyo,

que es pregonero del amor divino para todos los hombres, ha de honrar el peregrino a su Madre si no quiere que su propia conciencia, los hombres y los ángeles y el mismo Dios, de quienes es espectáculo en su caminar de fe hacia Compostela, le arguyan de quebrantar la fe jurada en Zaragoza.

ACEPTO EL LEGADO DE SANGRE²¹

Como primer peregrino, no por mis méritos, sino porque estoy colocado en el vértice de esta pirámide de la Juventud de Acción Católica, me toca hacer la ofrenda de los jóvenes de Acción Católica que triunfaron, la ofrenda de su sangre generosa, de esa sangre que derramaron con alegría por Dios y por España, y me toca hacer esta ofrenda después que por las manos del señor Arzobispo, del representante de Jesús, ha sido trazada sobre nuestras almas la señal de la Cruz con la Hostia Santa, en donde está el Salvador, en donde está el Cristo, el Cristo Cabeza y el Cristo Miembro; donde está Jesucristo y donde están los mártires; donde está el Salvador y todos los que con Él se hicieron salvadores, porque supieron perder esta vida, que no es vida, por alcanzar la vida eterna y para extenderla por nuestra Patria.

¡Me toca hacer esta ofrenda!... Nunca mejor situada la ofrenda de la sangre de los jóvenes de Acción Católica, la ofrenda de la sangre de todos los mártires de España, que en este momento de nuestra peregrinación, porque peregrinar con fe es abrir camino, y los mártires han sido los primeros peregrinos de esta nuestra generación. Recordemos aquellos días lejanos en que estaban cerrados todos los caminos del Reino de Dios... Y de pronto Dios nos dió a España un Caudillo y una espada, la más limpia de la historia del momento actual, en frase de un general francés; esa espada se levanta, ese Caudillo llama y el pueblo se pone en pie, vuelve a vivir los grandes años de su historia, de esa historia peregrinante de España, porque es un peregrino, es el Apóstol Santiago el que en las riberas del Ebro, al recibir la visita en carne mortal de María Santísima, se enciende en fuego de caridad y echa la semilla de la nacionalidad española. Con este peregrino vino el Reino de Dios en nuestra Patria.

Parecía que España había perdido el amor a Cristo. Pero, a pesar de todo, España no le había dejado del todo. Le seguía de lejos, y como un día en las riberas del Jordán Cristo se volvió a dos jóvenes que le seguían de lejos para preguntarles qué buscaban, así hizo con España el 18 de julio de 1936, y, como aquellos jóvenes, España preguntó al Maestro: “Maestro, ¿dónde habitas?”. Y como le dijo que en la Cruz, en la Cruz ha estado España morando tres años con Cristo, en la Cruz de las trincheras, en la Cruz de las “checas”, y España toda fué Cruz, y a este Siglo XX, ateo, materialista, incrédulo, España le dió ejemplo de crucificarse de nuevo. Volvieron a ser innumerables los mártires, volvió a proclamarse la cristiandad de España con su sangre, y toda la Iglesia católica quedó estremecida por esos mártires que brotaban en España, por esos héroes que brotaban en España para abrir camino al Reino de Dios.

Pues a eso hemos venido. Ese ha sido nuestro peregrinar. Traer desde los rincones de España en nuestras manos, en ese vaso de nuestras manos, la sangre de los mártires de la juventud de Acción Católica, sangre que es ya de Cristo, porque por Cristo se dió, porque por Cristo se derramó y no por un querer

²¹ Discurso de Manuel Aparici en el acto eucarístico celebrado en Zaragoza, el día 1 de septiembre de 1940 (“Signo”, núm. 34, 7-9-40).

humanó, sino por un querer divino, porque el mártir no es mártir porque nosotros queramos, sino porque Cristo quiere, porque El nos da su gracia, porque El enciende una luz y una fuerza y un amor, capaz de todo.

Pues esta sangre venimos a traer, conscientes de nuestra responsabilidad, porque somos los depositarios, porque somos los administradores, porque somos los testamentarios de esos siete mil jóvenes de Acción Católica, que en este momento en que nosotros, con un Arzobispo, con un Vicario de Cristo, nos hemos postrado ante el Señor en la Eucaristía, estos otros siete mil peregrinos, con otro Arzobispo, con él Cardenal Arzobispo de Toledo, Primado de las Españas, se han postrado también ante el Señor para decirle que son los hermanos, que nos dé vida, gracia, fuego en el corazón, para que pongamos fuego a toda la tierra de España, a toda la juventud de España y sea una sola ascua de caridad que incendie el universo mundo.

Por eso hemos venido a Zaragoza, para pedir la ayuda de María Santísima, esa ayuda todopoderosa de su intercesión. ¡Ah!, porque entonces, con la ayuda suya, con la gracia que nos alcance, entonces estamos seguros de que caminaremos sobre sus huellas con la misma firmeza, con el mismo ardor, con el mismo entusiasmo, con el mismo desinterés, con la misma caridad, que nos urge, que nos apremia, que nos abrasa... Y María, a quien un día le pedimos que intercediera, intercedió, y María alzó sus brazos en la oración y el Espíritu cayó sobre nosotros y se realizaron aquellas palabras del Papa Pío XII.

Es en verdad un viento potente del Espíritu Santo el que sopla hoy sobre la tierra, impulsando especialmente a las nobles almas juveniles a los más altos ideales y a las más arriesgadas empresas. Veamos, jóvenes de Acción Católica, cómo el Evangelio del Espíritu Santo es el Espíritu Santo que mora en nosotros, quien nos ha traído aquí, quien nos ha congregado y nos ha unido. Y éste es el segundo fruto de la peregrinación: queríamos una cristiandad, y aquí está la cristiandad. Somos uno en Cristo, en Cristo Pan, en Cristo Eucaristía, en Cristo Iglesia.

Nos ha unido, nos ha abrazado, nos ha fundido en esa fragua de fuego de su corazón para purificarnos de las escorias, para que seamos como oro puro, quedando fundidos en un solo bloque. Ese bloque, ese solo pilar que quiere la juventud de Acción Católica de España para que sobre él siente María su planta da Madre, y en sus brazos traiga a Jesucristo a todos los jóvenes de España.

Y éste es el fruto que en vuestro nombre ofrendo a la jerarquía de la Iglesia. Somos ya, señor Arzobispo de Zaragoza, principio de cristiandad. Porque, mirad, señor, sabemos que el cariño de Cristo en la Eucaristía es la Cruz. Él nace, vive y muere en Cruz, y para que pudiera llegar hasta nosotros han sido precisos diecinueve siglos de Cruz, que en Cruz murieron los mártires, y porque ellos murieron en Cruz, hemos podido participar hoy del banquete del cenáculo. El camino de Cristo en la Eucaristía es Cruz, y Cruz ha sido el camino de los jóvenes de España... Porque mirad, hermanos, el signo del peregrino, el signo del cristiano es la Cruz, que es esa vocación vertical de las sesenta generaciones cristianas; que es esta vocación horizontal del momento actual, de este sacrificio de vuestros millares de almas jóvenes, de este sacrificio de los 300.000 sacerdotes que hay en la Iglesia católica. Pero la Cruz es también el signo de las grandes aspiraciones del alma, de un más, que nos abrasa el corazón. Queremos más, queremos ganar a toda la juventud.

Y os prometemos que vamos también a abrazarnos con las almas que todavía no la conocen, a abrazarnos con sus miserias, a abrazarnos con sus pecados, para pedir por ellos, para hacernos Cristo, para redimirnos. Y esto lo

conseguiremos porque es la Virgen quien quiere, es la Madre quien quiere que toda la juventud española sea un solo corazón, sea una sola alma, sea un solo rebaño, que tenga un solo pastor: el Santo Padre y la jerarquía de la Iglesia española.

IMITARÉ A SANT-YAGO Y SAN JUAN

Peregrinos, apóstoles y mártires los dos, de un celo tan ardoroso e impaciente, que merecieron del Señor el sobrenombre de Hijos del Trueno. Los dos son Patronos de la Juventud: el primero porque lo es de nuestra Patria y hacia su ejemplo de santidad se encaminan nuestros peregrinos desde 1936; el segundo porque así lo proclamó la Juventud de Acción Católica en su Asamblea de 1934.

Los dos, con San Pedro, forman el grupo de los íntimos de Jesús, que ascienden con Él hasta lo alto del Tabor y ante quienes se transfigura y que contemplan de cerca su agonía de amor y de sangre en Getsemani Para el Angélico, los íntimos simbolizan las virtudes teologales: San Pedro es la fe, Santiago es la esperanza, y San Juan, la caridad. No quiere decir que tengan una de las virtudes y no las otras. Esto no es posible. Las virtudes teologales en el alma en gracia son virtudes conexas; no puede existir una sin que existan las otras dos. Cuando el alma confiesa a Jesús, como “el Cristo, el Hijo de Dios vivo” –cual lo confesó San Pedro en Cesárea de Filipo–, por el mismo hecho de conocerle en la luz de la fe y de los dones del Espíritu Santo como a Hijo y Enviado del Padre para manifestarnos su Amor, confía y espera en Él y le ama. En cada uno de los tres vivieron las tres virtudes; pero como Pedro es el fundamento de la Iglesia y el Príncipe de los Apóstoles, simboliza a la fe, que es el principio y el fundamento de la vida cristiana; y Santiago, protomártir del Colegio Apostólico, el primero que da su vida por el Amado; puede simbolizar la esperanza; y San Juan, el que reclinó la cabeza sobre el pecho del Señor, la Caridad, que aprendió sobre el mismo Corazón de Jesucristo.

IMITACIÓN DE SANTIAGO Y DE SAN JUAN

Imitación, sí; pero no tanto del esplendor de virtudes con que se nos aparecen en el Evangelio, cuanto de lo que hicieron ellos para que en sus almas crecieran y se desarrollaran.

Ante todo, de su prontitud en corresponder al llamamiento del Señor. De ellos nos dice la Escritura: “Vió otros dos hermanos Jacobo del Zebedeo, y Juan, su hermano, en la nave con Zebedeo, padre de ambos, recomponiendo sus redes, y los llamó. Ellos enseguida, dejadas redes y padre le siguieron”²². En las redes –según la menté del Angélico– están significados los negocios y preocupaciones y criterios del siglo y en el padre el afecto carnal. Es lo primero que todo joven tiene que dejar cuando Dios le llama a ser apóstol seglar; en el Sermón de la Montaña la pobreza de espíritu es la primera de las Bienaventuranzas y a lo que va unida la posesión del reino de los cielos. No en vano la fe es el principio de la vida cristiana y, o se tienen criterios y afectos de fe, y entonces se vive, o se tienen

²² Mat., IV, 21, 22.

criterios y afectos de carne u hombre viejo, y entonces se está muerto, por mucho que uno se haga llamar joven de Acción Católica.

Pero Pedro y Andrés, Jacobo y Juan, siguieron al Señor y dejaron todas las cosas, porque antes Jesús en Galilea había empezado a predicar y a decir: “Haced penitencia, porque se acerca el reino de los cielos”, y a unos y a otros les llamó a ser pescadores de hombres. Es lección que deben tener presente, los dirigentes: toda conversión –y ese es el significado genuino de penitencia– supone un término al que convertirse. Si no se da a conocer a Jesús y su Empresa: la implantación del reino de los cielos o la edificación de la Ciudad de Dios, nuestra soñada Vanguardia de Cristiandad, es muy difícil lograr la conversión, pues para dejar bienes aparentes cuales son los criterios y afectos de carne es menester conocer el Bien real.

Mas los jóvenes de A. C., peregrinos de Santiago, ya oyeron el llamamiento del Señor; a ellos toca imitar la prontitud en la respuesta de los Hijos del Trueno.

LA INTIMIDAD CON EL SEÑOR

Santiago y Juan se dejaron atraer por el Señor a su amistad íntima. Santiago el Mayor nada dejó escrito; pero Juan, su hermano, inspirado por el Divino Espíritu, nos dejó escrita una frase que ilumina el proceso de alma de los dos hermanos: “Amemos a Dios, puesto que El nos amó primero”²³. Los dos hermanos fueron todo ojos para las manifestaciones del Amor divino que resplandecían en Jesucristo; y el conocimiento de ese Amor “hasta el fin”²⁴ –que dice San Juan– les ató en amor con Jesucristo. San Pedro era quien en nombre de todos tomaba la palabra; pero San Juan es quien recoge en su Evangelio la contestación que los Apóstoles dan a Jesús después de su promesa de la Eucaristía en Cafarnaum: “Señor, ¿a quién iremos? Tú tienes palabras de vida eterna”²⁵.

Y como eran los íntimos de Jesús, suben con Él al Tabor y le contemplan transfigurado hablando con Moisés y Elías de su futura Pasión; y la amistad íntima les da audacia para pedir, todavía, pese a los anuncios sobre la Pasión ya próxima, no conocen el Misterio de Jesús, pero quieren ser los más próximos a El en su reino, y por medio de su Madre piden al Señor los dos primeros puestos. Jesús les contesta con una interrogación: “¿Podéis beber el cáliz que yo he de beber?” “¡Podemos!”, contestan los dos hermanos.

Y en la agonía de Getsemaní allí están los dos hermanos con San Pedro junto al Maestro contemplando su tedio, su tristeza y su inmensa repugnancia ante aquel cáliz que ha de apurar y que contiene todos los pecados del mundo.

San Juan ya no le dejará hasta el Sepulcro. Le sigue hasta la Casa de Caifás, donde franquea la entrada a San Pedro. Le sigue hasta el Pretorio de Pilatos; le acompaña a través de la Vía dolorosa y al pie de la Cruz recibe por Madre a María.

INTIMIDAD DEL PEREGRINO

También a los peregrinos les amó primero Cristo. Ninguno de los actuales jóvenes de A. C. había recibido su insignia cuando el Señor quiso suscitar el

²³ I S. Juan, 4, 19.

²⁴ S. Juan, 13, 1.

²⁵ S. Juan, 6, 69.

espíritu peregrinante en la Juventud, y antes de que nacieran ya les había llamado a ser sus íntimos, por medio del Papa de la A. C.

¿Son los peregrinos todo ojos del alma para percibir las manifestaciones de amor que Jesús les está haciendo por medio de la Santa Iglesia, de los Obispos, de los Consiliarios, de los dirigentes y hasta de los propios hermanos de peregrinación? Si no se hacen todo ojos del alma para percibir ese amor es muy difícil que puedan repetir con San Juan: "... nos amó hasta el fin". Y todavía más difícil en el momento de la prueba, cuando seguir a Cristo parece duro a la carreta, que el alma repita las palabras de San Pedro: "Señor, ¿a quién iremos? Tú tienes palabra de vida eterna".

Hoy el Señor no limita la transfiguración del Tabor a tres discípulos. Existen por doquier Casas de Ejercicios y cada anuncio de tanda organizada para jóvenes es invitación de Cristo para conocerle transfigurado en luces de oración.

Y sin esa ascensión cotidiana al monte de la oración no habrá fortaleza de Cristo en el alma para decir: "Possumus". Y mucho menos participación en la agonía de Getsemaní.

Y piensen los peregrinos que el afán peregrinante, que la sed de hacer de España y lo hispánico Vanguardia de la Cristiandad pedida por Su Santidad Pío XI, nació de contemplar la humanidad del siglo XX en la agonía de Cristo en Getsemaní. Aquellos primeros peregrinos de vuestra Obra vieron que el Señor sudó Sangre y padeció tristeza de muerte al ver, con aquellos ojos que atravesaban los siglos, que, mientras en la Vieja Cristiandad todos apostataban de Él, mil cuatrocientos millones de almas gemían todavía en sombras de muerte e infidelidad. Y al ver tanta lágrima y tanta Sangre en el rostro amado del Señor, con la audacia de los amigos que han llorado juntos, fueron a su Vicario, al Papa Pío XI, para pedirle su bendición para peregrinar, a fin de decir un día desde el sepulcro del Apóstol Santiago: Jóvenes de España, de la Hispanidad y del mundo, ¿tendréis corazón para consentir que la Sangre del Señor siga quedando estéril?

SIGNIFICACIÓN RELIGIOSA DE LA PEREGRINACIÓN²⁶

Doce años lleva la Juventud de Acción Católica de España peregrinando. Desde aquel 1 de febrero de 1936, en que Su Santidad Pío XI trazara la cruz de su bendición sobre nuestros afanes de peregrinos, doce años en los que día tras día, todo lo que era palpitación de vida llevaba la impronta peregrinante.

Es toda una juventud en marcha, toda una “gens sancta”, linaje escogido que avanza hacia Santiago. No hacia la ciudad compostelana, aunque sea relicario de fe y pregón de piedra que nos llama a volver a lo nuestro, a ser pueblo en misión; ni tampoco hacia un sepulcro que guarda restos venerados de un Apóstol: es caminar de fe en fe hacia una santidad análoga a la que hizo del impetuoso Hijo del Trueno el protomártir del Colegio Apostólico y el evangelizador del “finis-terrae”.

No persiguen los peregrinos tan sólo el intento de comparecer en Compostela, sino el de ofrecerse totalmente al Señor para que su gracia edifique en ellos, por ellos y con ellos, la vanguardia de la cristiandad ejemplar que pidiera en 1937 Su Santidad Pío XI para guía de este mundo profundamente enfermo.

Es el Señor quien quiere dar a las hispanidades todas de la tierra, por medio de sus jóvenes de Acción Católica, un gran ideal de fe y civilización católica que las vincule en caridad y en comunidad de empresa misionera. Ideal que trasciende a todos y cada uno de los individuos, de las instituciones, y de los pueblos que lo abracen, y que integre y jerarquice en la unidad del fin todos los valores de que Dios quiso dotar a la “gens” hispánica.

Jamás se les ocultó a los jóvenes de Acción Católica que en 1 de febrero de 1936 pidieron a su Santidad Pío XI su bendición y permiso para lanzar la voz de marcha y aviso a las generaciones nuevas de las Españas, las enormes dificultades de la empresa.

Sabían perfectamente que sólo una juventud santa, una juventud que viviera plenamente la vida sobrenatural que vino a traernos el Salvador podría abrazarla y llevarla a feliz término. Los momentos eran especialmente difíciles; las fuerzas del materialismo comunista y ateo se apretaban para hacer en nuestra Patria –como después decía Su Santidad Pío XII– su experimento supremo. Por otra parte, los católicos españoles, incluso los miembros de la Acción Católica, no vivían la universalidad de la caridad que San Agustín tan acertadamente tradujo en su frase “Si vis Christum amare, extende caritatem tuam ad totum orbem”, Sin embargo, fortalecida con la bendición del Supremo Pastor, la Juventud de Acción Católica en junio de 1936 lanzó su llamamiento a peregrinar. El camino de Compostela era ruta de martirio, en el que habría que beber con alegría el cáliz de la propia sangre; pero Cristo era nuestro escudo, su cruz nuestro bordón y la angustia de su sed nuestro acicate.

²⁶ “Signo” núm. 416; 3 de febrero de 1948.

Y entonces renació el Alzamiento nacional, que los mártires de Cristo ungieron de Cruzada. Que no faltara caridad, aun en la guerra, fué el empeño que la gracia puso en las almas de los jóvenes de Acción Católica. “Apuntad bien; pero tirad sin odio”, era la frase que en el Alcázar toledano repetía Antonio Rivera desde su lecho de dolor. “Resignado, no; contento de poder ofrecer a Dios la amputación de mi pierna por la recristianización de mi Patria”, la que decía Adolfo Sodi desde el hospital Valdecilla. “Terribles penalidades, pero magníficas para ofrecérselas al Señor por el éxito sobrenatural de nuestra peregrinación”, la que decía Braulio Cangen desde el monte Naranco. Y en todos los frentes florecieron centros de apostolado de vanguardia, cuyos miembros formaban ante el santo Crucifijo su compromiso de cruzados, que terminaba diciendo: “Si vivo, no cejaré en este empeño después de la guerra; si muero, encargo a los jóvenes de Acción Católica y a todos los combatientes que recojan mi sangre y la hagan fecunda”. Etapa de la caridad ardiente fué la Cruzada para los peregrinos de la Juventud de Acción Católica. “Nadie ama más que el que da la vida por el amado”. Y siete mil dieron su vida para que el amor de Cristo pudiera ser predicado a los jóvenes de España, la Hispanidad y el mundo.

Terminaron los disparos, no la Cruzada, pues –como entonces se dijo– ésta no terminará hasta que la Cruz de Cristo reine en el corazón de todos los españoles. Y veinte mil jóvenes peregrinos en Zaragoza, después de haber besado el santo pilar, proclamaban ante la Jerarquía de la Iglesia su decisión inquebrantable de proseguir la empresa de edificar la vanguardia de cristiandad con empeño y decisión semejante a la de los mártires. Y, mientras millares de muchachos, tras de aquella epifanía de Zaragoza, lo dejaban todo para pedir un puesto entre los sacerdotes de Cristo, el grueso de los peregrinos proseguía en su caminar de apóstoles hacia Compostela.

Doce años peregrinando, decimos, y, sin embargo, sólo en agosto-septiembre de 1940, en agosto de 1943 y en el último año se han poblado los caminos de España de peregrinos. ¿Qué quiere decir esto? ¿Acaso nos desdecimos? No; bien lo saben los jóvenes de Acción Católica. Lo esencial en la peregrinación no es derramarse por los caminos loando las divinas perfecciones, sino llenarse el alma de la vida de Dios, para que la vida de Jesús manifestada en la carne mortal de cien mil muchachos españoles atraiga a sus hermanos de las hispanidades todas de la tierra al servicio de la gran empresa de retornar el mundo al Corazón de Dios. Edificar la vanguardia de cristiandad es la meta perseguida en nuestro caminar hacia Dios; peregrinar es el estilo, estilo propio de la vida cristiana, que, viniendo de Dios por la fe en su Cristo en la gracia y la luz del Espíritu Santo, hacia Dios retorna por Cristo, camina a impulsos del Espíritu Santo, llevando, con la ayuda de María y de los santos, a todos los hermanos a la Casa del Padre.

Empresa profundamente religiosa, que exige santos para realizarla. Sólo los santos, los que viven habitualmente en gracia y gustan y saborean cuán dulce es el Señor; los que a la luz de los dones del Divino Espíritu han descubierto que la unión con Dios en Jesucristo es el tesoro escondido en el campo de su vocación peregrinante y apostólica; los que sienten abrasada el alma en la angustia de aquella sed de gloria del Padre y de salvación de almas que Cristo manifestó en la Cruz, podrán tenerlo todo como basura para ganar para el amor de Cristo a todos los hombres de la tierra.

Éste fué el designio de Dios al llamarnos a peregrinar para edificar la vanguardia de cristiandad. Si se toma la encíclica “Mit brennender sorge” de Su Santidad Pío XI, de donde el Consejo Superior tomó las palabras que encabezan

el Compromiso de Peregrinos: “Una cristiandad en que todos los miembros...”, se ve que las que inmediatamente siguen, son: “Toda reforma genuina y duradera ha tenido propiamente su origen en el santuario, en hombres inflamados e impulsados del amor de Dios y del prójimo, los cuales, merced a su gran generosidad en corresponder a cualquier inspiración de Dios y a ponerla en práctica ante todo en sí mismos, profundizando con humildad y con la seguridad de quien es llamado por Dios, llegaron a iluminar y a renovar su época...”

La Puerta Santa se acaba de abrir en Compostela; para dentro de unos meses está fijada la fecha de la peregrinación. Las tarjetas de inscripción provisional ya están en los centros. Pero, por amor de Dios, que nadie se inscriba sin haberlo meditado ante el sagrario. Juventud e hipocresía no se compadecen. Sed sinceros, sensiblemente sinceros. No fué vuestro presidente quien convocó a peregrinar; fué Cristo quien llamó. A los hombres se les puede engañar; a Dios no se le engaña. Patente queda a los ojos de todos los aspirantes a peregrino lo que el peregrinar exige. Dios no pide nunca sin dar; si El pide a los peregrinos santidad es qué está dispuesto a concedérsela. Mas si El quiso que la Juventud de Acción Católica de España fuera en su marcha de peregrinos al Pilar y que allí hiciera el juramento mariano, bien claro significó que no concederá su gracia sino por mediación de María y a los que sean fieles a la fe jurada en Zaragoza. Allí juramos vivir conforme a la fe en su Inmaculada Concepción, su Asunción gloriosa a los cielos y su Mediación universal de todas las gracias. Mas en Compostela habrá una consagración de todos y cada uno al Corazón de María, y para que ésta sea plena y verdadera, es menester que ya desde ahora pueda la vida de los peregrinos cobijarse en el Corazón Inmaculado de María.

Con un vivir puro, alegre y apostólico; con un vivir en gracia que en todos los hombres descubre a los amados de Dios y redimidos por Cristo; con un vivir lleno de la inmensa sed del Redentor, es como hay que avanzar hacia Compostela. Y todo esto el Señor lo da si lo pedimos. Por eso antes de firmar la tarjeta de inscripción hay que arrodillarse ante el sagrario, y ante el sí del Amor divino hecho eucaristía; entregarle nuestro sí.

LA PEREGRINACIÓN Y EL PAPA²⁷

Comienza a arder el afán peregrinante en nuestras almas con la amorosa caricia de Su Santidad Pío XI en la tarde del 16 de marzo de 1934, cuando el Papa de los jóvenes recibe en audiencia a los mil cien peregrinos de la Juventud de Acción Católica de España. Su consigna: “Vivid la vida sobreabundante que vino a traer el Salvador y derramadla después en todas direcciones”, es la semilla que fructifica en los cursos, cursillos, semanas de formación, tandas de ejercicios y millares y millares de kilómetros recorridos en siembras del reino de justicia, de amor y de paz durante los años 34 y 35. Alborea el año 36, y dos jóvenes, embajadores de la juventud de España, acuden a la Ciudad Eterna. En el eminentísimo Cardenal Pacelli –hoy Papa Pío XII– encuentran el mejor aliento para sus ensueños. “La obra evangelizadora de España en América –les dice– no la igualó ningún pueblo en parte alguna de la tierra; pero España olvida que las madres, mientras viven, nunca tienen cumplida su misión, porque siempre han de velar y sacrificarse por la vida y perfección de sus hijos; y España dió el ser católico a veinte pueblos”. Y al día siguiente, hincadas las rodillas, los dos embajadores, a los pies del Pontífice, dejan escapar el anhelo que enciende en sed el alma moza de España. “Santidad –vienen a decirle– nos duele Cristo, los hombres y los pueblos apostatan de Él; pero allá en nuestra España tenemos un sepulcro envuelto en sombras de tradición y de olvido; pero a ese sepulcro del Apóstol protomártir de Cristo queremos, Padre Santo, acudir peregrinos con todos los hermanos de la “gens hispánica”, junto a sus cenizas, para aprender y vivir la bendita lección de nuestro Padre en la fe: los jóvenes de Acción Católica de España queremos ser, como Santiago, granito de trigo que se entierre y mueva en el corazón de la juventud del mundo para que ella viva al amor de Cristo. Beatísimo Padre: si este anhelo es fruto de la gracia de Jesús, vos, que sois su Vicario, bendecidlo para que seamos fieles a nuestra vocación”. Y el ancianito blanco, llenos de amor los ojos, trazó sobre los jóvenes católicos de España, presentes en las almas de sus dos embajadores, la cruz de su bendición.

Y bien pronto, el materialismo ateo quiso hacer apostatar a España; a hierro y fuego se quiso raer el amor de Cristo del corazón de sus hijos; pero la bendición de Pedro obró el milagro: centenares de millares confesaron su fe con la máxima prueba de amor. Y entre tanto, los jóvenes de Acción Católica a quienes la Providencia del Señor colocó en zona nacional supieron también ser grano de trigo que se sembrase en la noble y generosa tierra de los corazones de sus hermanos de armas. Siembra que floreció en la maravilla inigualada de los Centros de apostolado de vanguardia que la gracia hizo surgir en todos los frentes y unidades del Ejército libertador. Y desde las trincheras volaron oraciones al Apóstol, se formulaba el voto de peregrinar: “Señor Santiago: prometo ir peregrino a tu sepulcro de Compostela cuando en los resplandores del triunfo de España luzca el día de la paz. Cantaré gozoso himnos de victoria y repartirás bendiciones

²⁷ “Signo” núm. 426; 13 de marzo de 1948.

a tu heredad. Nuestra tierra será de España y España será de Dios”; y los soldados, apóstoles y peregrinos, adscribían sus vidas a la consecución de la cristiandad ejemplo y guía del mundo profundamente enfermo pedida por Su Santidad Pío XI el 14 de marzo de 1937 en la encíclica “Mit brennender Sorge”, y con las mismas palabras del Pontífice, todos hicieron con su presidente su solemne promesa a la Iglesia y a la Patria: “¡Oh tú, que eres nuestra Madre desde los días de nuestra infancia primera, nuestra fortaleza en la vida, nuestra alegría en la muerte, que la lengua se nos pegue al paladar si, cediendo a terrenas lisonjas o amenazas, llegamos a traicionar nuestro voto bautismal...”²⁸ D (1).

Y llegó la victoria. El mensaje de Su Santidad Pío XII a nuestra Patria era nuevo aliento a nuestro peregrinar: “España, la nación escogida por Dios para baluarte inexpugnable de la fe católica y principal instrumento de evangelización del Nuevo Mundo, acaba de dar a los prosélitos del materialismo ateo de nuestro siglo la prueba más excelsa de que por encima de todo están los valores de la religión y del espíritu”. Estas palabras fueron luz para los peregrinos: otra vez quiso la gracia de Jesús que fuéramos baluarte inexpugnable de la fe católica. Pudieron quebrar el ánfora de barro de los cuerpos; pero, al hacerlo, la llamarada de fe y de caridad de los que murieron para confesar a Cristo rasgó las tinieblas de la noche de incredulidad que inundaba al siglo XX.

Y con ese morir por Cristo comenzó a evanzelizarse su amor, más fuerte que la muerte, a este nuevo mundo que ha de surgir de este océano de odios y dolores que surca la nave de Pedro. El dar la vida por la cruz de Cristo, la Cruzada había sido el comienzo de la vanguardia de cristiandad a cuyo logro se encaminaban los pasos de los peregrinos.

Y tras de los mártires, las vocaciones sacerdotales fueron nuevo fruto de aquella bendición que a los dos embajadores dió el 1º de febrero de 1936 el Papa Pío XI, bendición renovada por su sucesor cuando su augusta mano nos dirigió al pie de su retrato su mensaje de amor: “A los jóvenes de Acción Católica de España, que ayer supieron sellar su fe con la sangre generosa de sus héroes y hoy han mostrado su ardiente celo apostólico con las vocaciones ofrecidas al santuario, y de modo especial a su vibrante semanario “Signo”, propagador entre la juventud española del amor al Vicario de Cristo y de sus enseñanzas, otorgamos de todo corazón, prenda de gracias siempre crecientes, nuestra bendición apostólica, –Del Vaticano, 29 de junio de 1942 – *Pius p. p. XII.*”

Y, por fin, para que nadie pudiera dudar de que los peregrinos, en su caminar de santidad, cumplieran los deseos del Papa, el 16 de diciembre de 1942, la Santidad de Pío XII decía al embajador de nuestra Patria: “Nuestro deseo con relación a España, señor embajador, es verla una y gloriosa, alzando con sus brazos poderosos una cruz en torno a la cual se agrupen aquellos pueblos que, gracias principalmente a ella, piensan y rezan en castellano, para después proponerla como ejemplo del poder restaurador de una fe; a la que en definitiva hay que volver para resolver todos los problemas.”

Ahora, pues, para festejar al Papa en el undécimo aniversario de su coronación, renovemos nuestros afanes de peregrinos. Largo será nuestro camino; aunque llegemos a Santiago, aún quedará mucho para llegar a que sea nuestra España vanguardia de cristiandad, pueblo de apóstoles. Pensemos en los millares y millares de sacerdotes y misioneros que hacen falta para calmar la angustia de nuestro amado Padre Santo y pidámosle al Señor que no retire su mirada de predilección de nuestro pueblo, a fin de que vuelva a ser nuestra gloria

²⁸ Prólogo del “Epistolario del frente”.

que se desangre España para que el mundo se renueve en la sangre preciosa del Redentor.

EN LOS TALLERES TIPOGRÁFICOS DE SUCESORES
DE NOGUÉS, DE MURCIA, Y EL DÍA 28 DE
JUNIO, VÍSPERA DE LA FESTIVIDAD DE
LOS SANTOS APÓSTOLES PEDRO Y
PABLO, SE TERMINÓ DE IMPRIMIR
ESTA OBRA.
AÑO DE 1948.

LAUS DEO